

BRUGUERA

BOLSILIBROS

T POLICIAO

EL REGRESO DE ANTOINE

Joseph Berna



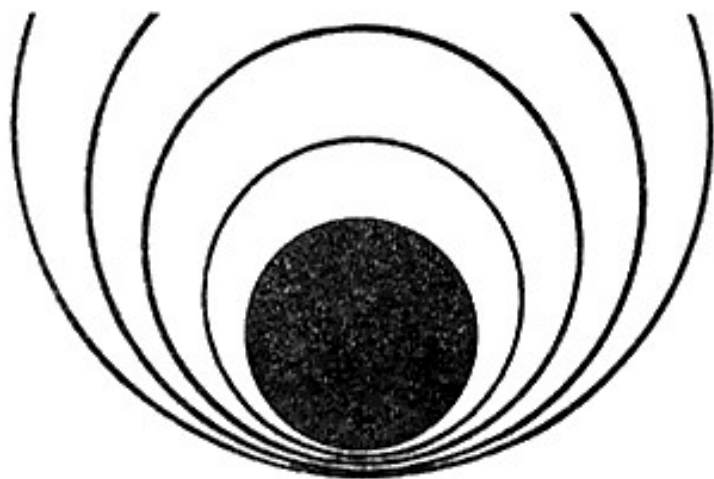
EL REGRESO DE ANTOINE

JOSEPH BERNA



Colección
PUNTO ROJO n° 1084
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.670 —Espía por afición

En Colección KANSAS:

843 —La elección de Miss Oklahoma En
Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

623 —El orgullo de los Skelton

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

546 —A punta de látigo En Colección PUNTO
ROJO:

1.084 —El regreso de Antoine

En Colección CALIFORNIA:

1.373 —La dama y el pendenciero

ISBN 84 02-02520-X

Depósito legal: B. 56 1983

Impreso en España —Printed in Spain

1. a edición: enero, 1983

2. a edición en América: julio. 1983

©Joseph Berna —1983 texto

©Desilo —1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona —1983

CAPÍTULO PRIMERO

COLETTE Seigner se encontraba en su habitación, sentada frente al espejo del tocador, dando los últimos retoques a su cabello, muy rubio, brillante, sedoso, que invitaba a ser acariciado.

También su rostro era digno de ser acariciado, ya que su óvalo era perfecto; los ojos, grandes y luminosos, de pupilas azuladas, protegidos por unas pestañas larguísimas, eran preciosos de verdad; la nariz, pequeña y un tanto respingona, resultaba la mar de simpática; y los labios, carnosos y brillantes, de trazo perfecto, era una tentación difícil de resistir.

Un rostro, en suma, bellísimo.

Colette estimó que su peinado ya no precisaba de más retoques, y se levantó de la tapizada banqueta. Sobre la cama, cuidadosamente extendido, aguardaba el precioso vestido que iba a lucir aquella noche.

Una noche muy especial, pues era el cumpleaños de Raymond Barrault, su tío y tutor, y éste iba a llevarla a cenar a uno de los más elegantes restaurantes de París.

Y no acabaría ahí la cosa.

En el programa de la velada figuraba también el visitar un par de las mejores salas de fiesta, ya que a Raymond Barrault le encantaba bailar, y aunque había cumplido los cuarenta y nueve años de edad, se mantenía ágil y ligero.

Colette solía llamarle el Fred Astaire parisino, lo cual complacía enormemente a su tío. Era un hombre alegre, jovial, simpático, que había intimado con muchas mujeres, aunque nunca llegó a proponer matrimonio a ninguna.

Sí, Raymond Barrault continuaba soltero, pese a faltarle solamente un año para convertirse en un cincuentón.

Colette Seigner tenía veinte años.

Bueno, casi veintiuno, pues le faltaban sólo tres semanas para alcanzar la mayoría de edad.

A partir de ese momento, dejaría de estar bajo la tutela de Raymond Barrault. Aunque la verdad es que a Colette no le importaba estarlo, porque su tío era un tutor estupendo, que le permitía todos los caprichos.

Hacía seis años que los padres de Colette habían muerto, en un

desgraciado accidente de automóvil. Y, desde entonces, Raymond Barrault cuidaba de ella.

Y lo hacía con tanto cariño, que Colette lo quería tanto como antes había querido a su padre y a su madre.

La muchacha se despojó de la delgada bata, quedando sólo con el breve pantaloncito rojo, el sugestivo ligüero, y las finas medias de nylon.

El cuerpo de Colette Seigner era tan hermoso como su rostro y su cabello. Pechos erectos, tersos y vibrantes, cintura delgada, caderas perfectamente redondeadas, vientre liso, piernas largas y suaves, de muslos esbeltos...

Una figura maravillosa de verdad.

Colette se enfundó el precioso vestido azul, largo hasta los pies, de escote bastante atrevido y con dos cortes laterales que le permitían exhibir las piernas hasta la mitad del muslo. Los zapatos, de elegante tacón, combinaban perfectamente con el color del vestido.

La joven se contempló en el espejo del armario.

Debió complacerle su aspecto, pues sus incitantes labios se distendieron en una clara sonrisa de satisfacción.

Colette atrapó su bolso y salió de la habitación, dirigiéndose a la hermosa escalera de mármol, por la que descendió, alcanzando el vestíbulo.

Fue al salón, pero su tío no estaba allí.

Colette dedujo que se encontraría en su despacho, así que se encaminó hacia allí. Antes de alcanzarlo, escuchó unos extraños ruidos en él, como de lucha.

Asustada, la joven corrió y penetró en el despacho de su tío.

Efectivamente.

Raymond Barrault luchaba con otro hombre.

Se trataba de un tipo de unos treinta años de edad, fornido, bastante feo de cara, con el pelo negro y crecido. Vestía tejanos azules y una cazadora de cuero marrón, furiosamente enzarzados.

Y, lo peor de todo, era que el desconocido esgrimía una navaja.

Raymond Barrault le había aferrado el brazo derecho, para impedir que le clavara el arma, pero él no poseía la corpulencia de su enemigo, y además era mucho mayor, con sus cincuenta años a la vuelta de la esquina.

De ahí que se las viera y se las deseara para defenderse del ataque del desconocido.

—¡Tío Raymond! —gritó Colette Seigner, sin saber qué hacer.

—¡La pistola, Colette! ¡Está en el primer cajón! —indicó Raymond Barrault.

La muchacha corrió hacia la mesa de su tío y abrió el cajón

superior.

Allí, efectivamente, había una pistola.

Un revólver calibre 38.

Colette lo empujó con mano temblorosa y apuntó al agresor.

—¡Suelte a mi tío! —ordenó.

El tipo la miró, con gesto rabioso.

—¡Suéltelo inmediatamente o disparo! —amenazó la joven, apretando el revólver con ambas manos, tal y como había visto hacer en el cine y en los telefilmes.

El desconocido se irguió bruscamente y se lanzó sobre la muchacha, el brazo derecho en alto, dando a entender que pretendía clavarle la navaja.

—¡Dispara, Colette...! —chilló Raymond Barrault.

La joven apretó el gatillo.

La violenta expulsión de la bala hizo que el arma se levantara.

Colette, que no había disparado en su vida una pistola, no fue capaz de mantener firme el arma, y el proyectil, que ella quiso dirigir al pecho del individuo, se elevó y fue a dar en la cara del tipo.

Eso, al menos, dedujo la muchacha, al ver que el sujeto se llevaba las manos al rostro y se desplomaba, dando un alarido ensordecedor.

El desconocido pataleó en el suelo, como un animal herido de muerte.

Colette vio que la sangre escapaba por entre los dedos del tipo, y ello le confirmó que, efectivamente, la bala se había incrustado en su cara.

—Dios mío... —musitó, horrorizada.

Sus manos, mucho más temblorosas que antes, estuvieron a punto de soltar la pistola.

El tipo ya no se movía.

Había quedado tendido de bruces, la cara hundida sobre el charco de sangre que rápidamente se iba formando en el suelo. Sus manos estaban muy cerca de su rostro, pero ya no lo apretaban, porque no tenían fuerza.

Colette sintió que las piernas le flaqueaban.

Estaba a punto de derrumbarse.

Su cara, muy blanca, parecía anunciar el inminente desmayo.

Raymond Barrault se dio cuenta de ello y se apresuró a sostenerla por los hombros. —Colette...

—Le he matado, tío Raymond. ¡He matado a un hombre!

—Él quería matarme a mí.

—¡Es horrible!

—Siéntate en mi sillón, pequeña.

—¡Creo que voy a desmayarme!

—No, por favor. Haz un esfuerzo por sobreponerte, Colette. Te serviré un coñac. El licor te reanimará.

Colette Seigner quedó sentada en el sillón de su tío.

Raymond Barrault, que ya había recuperado su revólver, lo devolvió al cajón superior de la mesa y se apresuró a servirle el coñac a su sobrina.

—Bebe, pequeña. Te sentirás mejor.

Colette cogió la copa con ambas manos y se la acercó a los labios, que temblaban alarmantemente, tan faltos de color como el resto de su cara.

Ingirió un sorbo de coñac.

—Bebe más —rogó Raymond, acariciándole tiernamente el dorado cabello.

Colette tomó un segundo trago.

—¿Te sientes mejor ahora, pequeña? —preguntó su tío.

—Sí, un poco mejor.

—Quédate sentada aquí, Colette.

—¿Qué vas a hacer, tío Raymond?

—Asegurarme de que el tipo está muerto.

—Tiene que estarlo. Le di en toda la cara...

—Lo sé, pero debemos comprobarlo.

Raymond Barrault se inclinó sobre el cuerpo inmóvil del individuo y le tocó el cuello, justo sobre la arteria carótida. Dejó transcurrir unos segundos, y después miró significativamente a su sobrina.

—Muerto, ¿verdad? —murmuró ella.

—Sí.

Raymond se irguió y regresó junto a ella.

—Bebe un poco más de coñac, Colette.

La joven obedeció y preguntó:

—¿Quién era el tipo, tío Raymond?

—Se llamaba Antoine. Ignoro su apellido.

—¿Por qué te atacó?

—Quería que le entregase una fuerte suma de dinero. Yo me negué, él sacó su navaja, y... Bueno, así comenzó la pelea.

—Un atracador, ¿eh?

—No, sólo un sucio chantajista.

—¿Chantajista...?

—Sí, se había enterado de algo que podía perjudicarme, y me amenazó con airearlo si no le entregaba la suma que me exigía.

—¿Qué es ello, tío Raymond...?

—No es momento para hablar de eso, Colette.

—Tienes razón. Lo que debemos hacer es llamar a la policía.

—Oh, no, no podemos hacer eso, Colette.

—¿Por qué no?

—Pues, porque nos traería muchas complicaciones. A mí, por lo del chantaje que pretendía hacerme el tipo, y a ti, por haberle matado. Liquidar a alguien, aunque sea en defensa propia, siempre trae quebraderos de cabeza. Además, los periódicos se apresuran a airearlo a los cuatro vientos, y cada uno cuenta la historia de una manera. Dicen lo que es, y lo que no lo es. No, no debemos avisar a la policía, Colette.

—¿Qué vamos a hacer, entonces...?

—Deshacernos del cadáver, naturalmente.

—¿Cómo?

—Yo me ocupo de eso, no te preocupes. ¿Llevas la llave de mi apartamento en el bolso? —Sí.

—Bien, me esperarás allí. En cuanto me haya deshecho del cadáver de Antoine, y dejado en orden todo esto, me reuniré contigo y hablaremos con más calma de lo sucedido. Por fortuna, di permiso al servicio con motivo de mí cumpleaños, y no volverán hasta por la mañana.

—Sí, lo sé.

—Vamos, pequeña.

Colette se levantó y, cogida del brazo de su tío, abandonó el despacho, procurando no mirar el cadáver del chantajista.

El coche de la muchacha, un deportivo rojo, estaba en el garaje, junto con el Mercedes—Benz de Raymond Barrault.

Colette se sentó al volante de su deportivo.

—Conduce con cuidado, pequeña —rogó su tío.

—No temas.

Colette puso el motor en marcha y sacó el coche del garaje.

La casa se alzaba a algunos kilómetros de París.

Colette tomó la carretera que conducía a la ciudad.

Minutos después, se hallaba en el apartamento de su tío.

Lo primero que hizo, fue servirse otra copa de coñac.

La primera la había reanimado bastante, pero seguía nerviosa y no le habían desaparecido del todo los temblores. Quizá con este segundo copazo recobrara la tranquilidad.

Sentada en el diván del living, Colette se llevó la copa a los labios y tomó un trago de licor.

Todavía le estaba corriendo el coñac garganta abajo, cuando el timbre del apartamento se puso a sonar.

Capítulo II

COLETTE Seigner dio un nervioso respingo.

¿Quién podía ser?

Su tío, no, desde luego.

No había tenido tiempo de deshacerse del cadáver del tal Antoine y limpiarlo todo. Además, su tío siempre llevaba encima la llave de su apartamento y hubiera abierto con ella, en vez de pulsar el timbre.

Colette no se decidía a abrir.

El timbre sonó de nuevo, con más insistencia que antes.

Colette se atizó otro trago de coñac, para darse valor, y se levantó del diván, dejando la copa sobre la pequeña mesa del living. Acudió a abrir.

Cuando tiró de la puerta, descubrió a un tipo de unos veintiocho años de edad, bastante alto, fuerte, con el pelo oscuro. No era mal parecido, y vestía un traje marrón claro.

—Ya estoy aquí, preciosa —dijo el apuesto desconocido, con una agradable sonrisa, y antes de que Colette pudiera hablar, la enlazó por el talle y la besó en los labios con ganas.

La sorpresa impidió reaccionar a Colette Seigner, y quedó como muerta entre los fuertes brazos del tipo, recibiendo el beso.

¡Y qué beso, madre!

De película.

Y no de indios, precisamente.

Más bien de las clasificadas «S».

Quizá esto tuvo mucho que ver también en la sumisa actitud de la muchacha. De haber sido un beso violento o desagradable, Colette hubiera reaccionado furiosamente, con toda seguridad.

Pero como el beso no podía ser más sabio y más excitante, pues...

El tipo moreno separó por fin su boca de la de ella y la miró a los ojos, sin soltar su cintura.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Colette... —respondió quedamente la perpleja joven.

—Me gustas una barbaridad, Colette —dijo el desconocido, y le dio otro beso de película «S».

Colette Reigner tampoco reaccionó esta vez.

Y es que nunca la habían besado así, con tanta habilidad, con

tanto ardor, tan profunda e intensamente. Era como estar viviendo un sueño amoroso, y Colette pensaba que iba a despertarse de un momento a otro, en su cama, sola.

No ocurrió tal cosa, claro, porque Colette no estaba dormida.

La escena era real.

El tipo moreno existía.

El excitante beso era auténtico...

Casi tres minutos después de haber pegado por segunda vez su boca a la de ella, el desconocido interrumpió el fogoso beso y dijo:

—Besarte a ti emborracha, ¿no lo sabías?

—No...

—Pues es cierto, porque tus labios saben a coñac. ¿Es su sabor natural, o es que acabas de empujar el codo?

Colette no respondió.

Ella sí que se sentía borracha.

Y no por las dos copas de coñac que había tomado, precisamente.

Se sentía borracha por el par de enormes besos que le había soltado el atractivo desconocido.

El tipo miró por encima del hombro de Colette y descubrió la copa de licor que la muchacha dejara sobre la mesa del living, antes de acudir a abrir.

—Oh, ya veo que te has atizado un buen latigazo de coñac... —dijo, sonriendo—. Bien, también yo siento deseos de echar un trago —confesó, soltando el talle de Colette.

Entró resueltamente en el apartamento.

Como si fuera suyo.

Colette se giró lentamente y lo siguió con la mirada.

Continuaba atontada por el increíble atrevimiento del desconocido y por los dos fenomenales besos que él le había dado, sin la menor explicación.

El tipo alcanzó el bien montado bar, tomó la botella de coñac, y se sirvió una copa.

Desde allí, rogó:

—Cierra la puerta, hermosa, que entran moscas.

Colette, tras unos segundos de vacilación, obedeció.

Continuó junto a la puerta.

Mirando fijamente al desconocido.

Este salió del bar y caminó hacia el diván, con la copa en las manos.

Se sentó, montó la pierna derecha sobre la izquierda, e ingirió un sorbo de licor.

—Excelente coñac, sí, señor. ¡Eh!, ¿pero qué haces ahí, clavada

como un poste junto a la puerta...?

Colette no respondió.

—Anda, ven y siéntate a mi lado, preciosidad. La noche es larga, pero a nosotros se nos va a hacer corta, de tan bien que lo vamos a pasar.

Colette, que ya empezaba a reaccionar, preguntó:

—¿Puedo saber quién es usted?

—¡Por favor, tutéame, que no soy ningún abuelo! —rió el tipo.

—Le ruego que me conteste.

—Soy Jean-Louis; Jean-Louis Marquet.

—¿A qué ha venido?

—¡Qué pregunta más tonta! —rió de nuevo el tipo moreno.

—Respóndame, por favor.

—¿De verdad que no lo adivinas...?

—No, no lo adivino.

—Está bien, te lo diré. He venido a pasar la noche contigo.

Colette apretó los labios.

—Conque a pasar la noche conmigo, ¿eh?

—Sí.

Colette se volvió bruscamente y abrió la puerta.

—¡Fuera!

—¿Eh...?

—¡Largo de aquí enseguida!

El tipo, muy sorprendido, se levantó y dejó la copa sobre la mesa.

—¿Qué clase de bicho te ha picado, preciosa...?

—¡Una serpiente venenosa!

—Dime dónde y chuparé el veneno, antes de que se extienda y te quedes tiesa —bromeó Jean-Louis.

La cólera de Colette Seigner aumentó.

—¡Tieso se va a quedar usted, pero será del par de bofetadas que yo le daré si no se esfuma en el acto!

—Palabra que no entiendo nada.

—¡Tampoco yo!

—Henri me aseguró que...

—¿Henri?

—Sí, Henri Flamand.

—No conozco a ningún Henri Flamand.

—¿Seguro?

—¡Claro!

Jean-Louis Marquet rezongó una imprecación.

—Sospecho que me ha tomado el pelo.

—¿De veras?

—Me tropecé con él esta tarde. Henri conoce a muchas chicas, y yo le rogué que me facilitara la dirección de alguna, a poder ser rubia y con los ojos azules, porque a mí me gustan así.

—Ya.

—Es verdad, me chiflan las mujeres rubias y de ojos azules. Son mi auténtica debilidad.

—¿Y el tal Henri le dio esta dirección...?

—Sí, el 225 de la calle Dampierre, apartamento 23-C.

—¿23-C...?

—Sí.

Colette apuntó el número de la puerta del apartamento de su tío.

—¡Este es el 32-C!

—¡Oh, no! —respingó Jean-Louis.

—¡Venga y lo comprobará!

Jean-Louis trotó hacia la puerta.

Se fijó bien en el número y exclamó:

—¡Es cierto! ¡Este apartamento es el 32-C!

—¡Se confundió de apartamento, amigo mío!

—¡No sabe cuánto lo siento, Colette!

—¡Más lo siento yo, porque me tomó usted por lo que no soy!

Jean-Louis tosió.

—Le pido mil perdones, Colette.

—¡Mil pimientos!

—Está muy enfadada, ¿eh?

—¡Tengo motivos de sobra para ello! ¿O no...?

—Bueno, en realidad no es mucho lo que ha pasado.

—¿Que no...?

—Sólo le di un par de besos, Colette.

—¡Pero que valían por media docena cada uno! Jean-Louis reprimió una sonrisa.

—A las rubias de ojos azules suelo besarlas así.

—¡Pues vaya en busca de la rubia del 23-C y mátele a besos! ¡Vamos, fuera!

Jean-Louis salió del apartamento.

—Le pido nuevamente disculpas, Colette.

—¡No se las acepto!

—No llamé a este apartamento deliberadamente, fue una equivocación. ¿Usted no se ha equivocado nunca, Colette...?

—¡No! —respondió la muchacha, y le dio con la puerta en las narices.

Después, regresó al living y volvió a sentarse en el diván.

Había cogido nuevamente su copa, cuando sonó otra vez el timbre del apartamento. Colette pensó que era Jean-Louis Marquet, y estuvo tentada de no abrirle. Pero, finalmente, se levantó y caminó hacia la puerta, decidida a decirle algo muy gordo al fresco de Jean-Louis, para que no volviera a molestarla.

La joven abrió.

Al instante, dio un salto hacia atrás, al tiempo que un grito de espanto escapaba de su garganta.

Y con razón, porque el hombre que tenía delante no era Jean-Louis.

¡Era ANTOINE...!

Capítulo III

JEAN-LOUIS Marquet se encontraba ya frente al apartamento 23-C, pero no se decidía a pulsar el timbre.

Y es que no podía dejar de pensar en Colette.

La había tenido en sus brazos, había besado sus preciosos labios, con su delicioso sabor a coñac...

Jean-Louis estuvo tentado de regresar al apartamento 32-C.

Sin embargo, no lo hizo.

Colette estaba demasiado furiosa como para aceptar sus disculpas, y lo demostró dándole con la puerta en las narices. Tenía que olvidarse de ella, por el momento.

Quizá otro día pudiera congraciarse con la hermosa Colette.

Jean-Louis estaba dispuesto a conseguir la amistad de la muchacha, y lo intentaría por todos los medios. Sin muchas ganas, oprimió el timbre del apartamento 23-C.

Apenas unos segundos después, la puerta se abrió y la amiga de Henri Flamand se dejaba ver.

Y nunca mejor empleada la expresión, porque la chica, de unos veinticinco años de edad, lucía un salto de cama que no hacía precisamente honor a su nombre, sino más bien todo lo contrario, pues invitaba a echarse en la cama, no a saltar de ella.

La prenda era descaradamente transparente.

Y, bajo ella, la chica no llevaba más que unas braguitas modelo «nudo de corbata».

Que no podían ser más pequeñas, vamos.

Jean-Louis le dio un rápido repaso a todo.

La chica poseía un rostro bastante atractivo, pero lo que más atraía a ella lo tenía de cuello para abajo. Pechos opulentos, altos y turgentes, con unos pezones tan erectos que amenazaban con rasgar el fino tejido, amplias caderas, hermosas piernas...

Un cuerpo exuberante de verdad.

La amiga de Henri Flamand podía sentirse realmente orgullosa de su físico. Era rubia, naturalmente, y tenía los ojos muy azules.

Como le gustaban a Jean-Louis.

La chica sonrió sensualmente y preguntó:

—Tú debes de ser Jean-Louis Marquet, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Yo soy Sylvie Reynal. Henri Flamand me anunció tu visita.

—Me alegro de conocerte, Sylvie.

—Lo mismo digo, Jean-Louis. Vamos, pasa.

—Gracias.

Jean-Louis entró en el apartamento.

La amiga de Henri cerró la puerta y lo cogió del brazo.

—Pasemos al living.

—Muy bien.

Una vez en él, Sylvie sugirió:

—Quítate la chaqueta y siéntate, Jean-Louis.

—Es una buena idea —sonrió él, y se despojó de la chaqueta, dejándola sobre un sillón.

Después, se aflojó el nudo de la corbata y se sentó en el sofá.

—¿Qué te apetece beber, Jean-Louis...? —preguntó la chica.

—¿Tienes whisky?

—Yo tengo de todo.

—Y en abundancia —añadió Jean-Louis, fijándose de nuevo en los poderosos senos de la rubia.

Ella soltó una risita.

—Te gustan mis pechos, ¿eh?

—Me gusta todo.

—Me alegro. Voy a preparar un par de whiskys y me siento enseguida a tu lado.

—Lo estoy deseando.

Sylvie le envió un beso por el aire y se acercó al mueble de las bebidas, que se veía muy bien surtido.

Jean-Louis, sin embargo, no prestó la menor atención a las botellas de licor que poblaban el mueble-bar, pues sus ojos se habían clavado como dardos en el portentoso trasero de la amiga de Henri.

Podía vislumbrarlo perfectamente a través del salto de cama, como todo. Y era una de las grupas más tentadoras que Jean-Louis había visto jamás.

Y había contemplado bastantes, palabra.

Sylvia le miró por encima del hombro.

—Me estás mordiendo con los ojos, ¿eh?

—Es que con los dientes no llego.

La rubia rió.

—Eres un tipo simpático, Jean-Louis. Me alegro de que Henri te diera mi dirección, y no la de otra.

Las últimas palabras de Sylvie hicieron que Jean—Louis recordara a Colette. Y, pese a las tentadoras formas de Sylvie, Jean-Louis hubiera preferido estar con Colette.

Y es que Colette era otra cosa.

Sylvie regresó con las bebidas y se sentó junto a Jean-Louis, ofreciéndole una de las copas.

—Tu whisky, Jean-Louis.

—Gracias.

Sylvie cruzó las piernas, y como lo hizo con deliberada brusquedad, el descarado salto de cama se abrió y le permitió exhibirlas al natural, desde los tobillos hasta las ingles.

—¿Brindamos, Jean-Louis?

—Encantado.

—¿Por la nohecita que nos espera...?

—Sí, brindemos por eso.

Hicieron entrechocar sus copas e ingirieron sendos sorbos de whisky.

Como las manos de Jean-Louis no se animaban a tocar nada, la rubia le puso una de las suyas en el hombro y preguntó:

—¿Tienes complejo de manco?

—¿Cómo?

—Me tienes a tu lado, prácticamente desnuda, con muchas ganas de que me acaricies, me abrases y me beses, pero tus manos siguen quietas. ¿Por qué?

Jean-Louis carraspeó.

—Perdona, estoy un poco distraído.

—¿En qué o en quién estabas pensando?

—No vale la pena hablar de ello.

—Vamos, ánimo, Jean-Louis... —rogó la chica, abriéndose aún más el salto de cama para que dejara de velar sus exuberantes senos.

Jean-Louis dejó la copa sobre la mesa y abrazó a la rubia.

—Ya estoy lanzado, Sylvie.

—Estupendo.

Jean-Louis empezó a besarla y acariciarla.

Sylvie, que también se había deshecho de su copa, se dejó caer de espaldas en el sofá y rodeó con sus brazos el cuello masculino.

—Soy toda tuya, cariño.

Jean-Louis le besó las cimas de ambos senos, jugueteando un poco con los descarados pezones. De pronto, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Quieres hacerme un favor, Sylvie?

—Lo que sea, guapo. Vamos, pide por esa boca sabia que está deseando mordérmelo todo.

—Dúchate.

La rubia parpadeó, desconcertada.

—¿Cómo has dicho...?

—Que te des una ducha.

—¿Acaso huelo mal...?

—Oh, no, hueles fenomenal.

—¡Como que me bañé esta tarde! ¡Y utilicé un jabón carísimo!

—Te creo.

—¿A qué viene lo de la ducha, entonces?

—Es un capricho, Sylvie.

—¿Capricho?

—Sí, me excita mucho más el cuerpo de una mujer si está mojado. Las gotas que resbalan suavemente por aquí y por allá, el tacto de la piel húmeda, los pezones endurecidos... Me vuelvo loco, te lo aseguro.

La amiga de Henri sonrió.

—Conque te gustan mojaditas, ¿eh?

—Sí, mucho más que secas.

—Está bien, me pondré bajo la ducha ahora mismo.

—Gracias, Sylvie.

La rubia se puso en pie, con el salto de cama totalmente abierto.

—¿Quieres ver cómo me ducho, cariño?

—No, prefiero quedarme aquí.

—¿Seguro?

—Sí, me fumaré un cigarrillo mientras tanto.

—Como quieras.

—Y no tengas prisa, ¿eh, Sylvie? Cuanto más moja—dita, mejor.

—¡Vaya con Jean-Louis! —exclamó la chica, riendo, y se dirigió a su dormitorio. Jean-Louis esperó a que se metiera en él.

Entonces, brincó del sofá, atrapó su chaqueta, y corrió silenciosamente hacia la puerta, abandonando el apartamento. Mientras subía al 32-C, se colocó la chaqueta y se apretó el nudo de la corbata.

Quería ver de nuevo a Colette.

No podía resistir más.

Cuando se halló frente al 32-C, hizo sonar el timbre.

Pasó un minuto.

Como Colette no abría, Jean-Louis apretó de nuevo el timbre.

Transcurrió otro minuto.

Jean-Louis pensó que la muchacha no quería abrirle.

Pero, ¿cómo sabía ella que era él quien llamaba...?

Jean-Louis encontró la cosa muy extraña, así que se atrevió a coger el pomo de la puerta. Si no estaba cerrada con llave, giraría.

Y, efectivamente, el pomo giró.

Jean-Louis empujó la puerta con suavidad y asomó la cabeza.

Enseguida vio a Colette.

La muchacha yacía en el suelo.

Tenía los ojos cerrados y la cara blanca como la cal.

Parecía muerta.

¿Lo estaría realmente...?

Capítulo IV

JEAN-LOUIS Marquet, alarmado, penetró rápidamente en el apartamento, cerró la puerta, y se arrodilló junto a la joven.

—¡Colette! —gritó, palmeándole las amarmoladas mejillas.

Ella siguió con los ojos cerrados.

Continuaba pareciendo un cadáver.

Jean-Louis agachó la cabeza y pegó su oído al pecho de la muchacha.

Captó los latidos de su corazón.

Colette Seigner estaba viva.

Sólo se hallaba desvanecida.

Jean-Louis la cogió en brazos y la trasladó al living, depositándola suavemente en el diván.

—Colette... —murmuró, acariciándole tiernamente el rostro.

Jean-Louis se dijo que un trago de coñac la ayudaría a recobrase, y cogió una de las dos copas que continuaban sobre la pequeña mesa. Levantó un poco la cabeza de la muchacha, le acercó la copa a los labios, y le echó parte del coñac en la boca.

La cosa dio resultado, a juzgar por el golpe de tos que sobrevino casi inmediatamente. Jean-Louis dejó la copa en la mesa y levantó un poco más la cabeza de la joven.

—Mire hacia el techo, Colette. No es que haya nada que ver, pero es bueno para la tos.

La muchacha, que ya había abierto los ojos, siguió el consejo y su acceso de tos, provocado por el coñac, empezó a remitir.

—Jean-Louis... —murmuró, cuando pudo hablar.

—¿Se encuentra mejor, Colette?

—¿Qué ha pasado...? ¿Por qué estoy acostada en el diván...? ¿Qué hace usted aquí? —Vine a pedirle nuevamente disculpas por haberla confundido con la amiga de Henri Flamand, pero, aunque llamé dos veces, usted no me abrió. Extrañado, tanteé el pomo de la puerta, y como no estaba cerrada con llave, pude entrar. La encontré a usted tirada en el suelo, cerca de la puerta, y me llevé un susto tremendo, pues pensé que estaba muerta. Tenía la cara tan blanca... Afortunadamente, sólo estaba desvanecida, así que la tomé en brazos y la traje aquí. Con la ayuda del coñac, conseguí reanimarla. ¿Qué fue lo que ocurrió, Colette?

La joven no respondió.

Se había puesto a temblar.

De forma brusca, irguió el torso y quedó sentada en el diván.

Con ojos dilatados, expresando un infinito terror, escrutó todo el apartamento.

—¿Lo vio usted, Jean-Louis...?

—¿A quién?

—¡Al tipo!

—¿Qué tipo?

Colette estuvo a punto de gritar: «¡Antoine!»

En el último instante, sin embargo, se frenó.

No podía contarle a Jean-Louis lo ocurrido en el despacho de su tío.

Ella había matado al chantajista, incrustándole una bala en la cara.

Y así, con la cara llena de sangre y el ojo izquierdo espantosamente reventado, lo había visto más tarde en la puerta del apartamento de su tío.

¿Cómo era posible...?

Los muertos no caminan.

Ni pulsan timbres.

¿Qué había pasado, entonces...?

¿Quizá no vio realmente a Antoine?

¿Habría sido todo fruto de su imaginación...?

Lo más probable.

Había matado a un hombre, lo había visto desplomarse, patalear en el suelo, aullar, mientras la sangre escapaba por entre sus crispados dedos...

Una impresión tan fuerte y tan terrible puede quedar marcada en un cerebro durante cierto tiempo, y gastar jugarretas como la que sin duda le había gastado a Colette su mente alterada.

En cualquier caso, no podía hablar de ello con Jean-Louis.

Sólo con su tío, cuando se reuniera con ella.

Sin embargo, tendría que inventarse alguna explicación que convenciera a Jean-Louis. —¿Qué tipo, Colette? —preguntó él, de nuevo.

Colette lo miró, esforzándose por dominar su terror y sus temblores.

—¿De verdad no vio usted a nadie, Jean-Louis...?

—No, ya se lo he dicho.

—Pues alguien llamó, poco después de que yo le echara a usted del apartamento.

—¿Y quién era?

—Un gorila.

—¿Qué...? —exclamó Jean-Louis, al tiempo que respingaba con fuerza.

—Bueno, un hombre que se cubría el rostro con una máscara de gorila, quiero decir. Una máscara horrible. Parecía King-Kong. Me dio tal susto, que lancé un chillido de terror y me caí en redondo. El desmayo no pudo ser más fulminante. Es todo lo que recuerdo.

Jean-Louis se irguió.

—Quédese aquí, Colette.

—¿Qué va a hacer?

—Registrar el apartamento. El tipo de la máscara puede estar oculto.

La joven se estremeció.

—¿Usted cree...?

—Depende de las intenciones que trajera. Si sólo es un bromista, que se divierte asustando a la gente, debió largarse enseguida. En cambio, si quería aprovecharse de usted...

—¿Violarme?

—Tal vez.

—Está bien, Jean-Louis. Registre el apartamento. Pero lleve cuidado, ¿eh?

—No se preocupe —sonrió el joven.

Jean-Louis lo registró todo, pero no encontró a nadie.

Regresó al living y se sentó en el diván.

—Puede estar tranquila, Colette. El tipo huyó.

—Menos mal.

—Era un gracioso, no hay duda. De haber sido otras sus intenciones, seguiría en el apartamento, puesto que no tuvo tiempo de abusar de usted. Recuerde que yo regresé a los pocos minutos de haberme dado usted con la puerta en las narices.

—¿No fue al 23-C?

—Sí, estuve allí.

—¿Y por qué no se quedó? ¿No le gustó lo suficiente la amiga de Henri...?

—Ya lo creo que me gustó.

—¿Por qué la dejó, entonces...?

—La chica iba a ducharse.

—Oh, entiendo. Tiene que volver con ella, ¿eh?

—Sí.

Colette se mordió los labios.

—¿Y si yo le pidiera que se quede conmigo...?

Jean-Louis no supo disimular su sorpresa.

—¿Lo dice en serio?

—Me aterroriza quedarme sola, después de lo ocurrido.

—No creo que el tipo de la máscara vuelva, Colette.

—Seguro que no, pero...

—Si no vuelvo con la chica, se va a poner muy furiosa. Y con razón.

—No tendrá que quedarse mucho tiempo conmigo. Jean-Louis. Sólo hasta que venga mi tío.

—¿Su tío?

—Sí, no tardaré. Se llama Raymond, y es mi tutor. Vivo con él desde que mis padres murieron.

—¿En este apartamento...?

—No, en la casa de mis padres. Se halla ubicada a algunos kilómetros de la ciudad. Este apartamento es propiedad de mi tío. Él vivía aquí, antes de convertirse en mi tutor. Y volverá a hacerlo, cuando yo cumpla los veintiún años.

—¿Falta mucho para eso?

—Sólo tres semanas.

—Caramba, está a la vuelta de la esquina.

—Si se queda usted conmigo hasta que llegue mi tío, le invitaré a mi fiesta de cumpleaños.

Jean-Louis entrecerró los ojos.

—Me da en la nariz que es usted una joven rica, Colette.

—Tiene usted un excelente olfato, Jean-Louis —sonrió la muchacha—. Cuando cumpla los veintiún años, recibiré cinco millones de francos.

Jean-Louis Marquet encanutó los labios y largó un silbido.

—¡Cinco millones!

—Es lo que me dejaron mis padres, además de la magnífica casa, que vale otros dos millones largos.

—¡Toda una fortuna!

—¿Se queda conmigo un rato, Jean-Louis?

—Yo soy un modesto agente de seguros, Colette.

—¿Y...?

—Creo que me sentiría incómodo en su fiesta de cumpleaños.

—No diga tonterías.

—Hablo en serio. Una rica heredera como usted, debe tener amigos muy elegantes y con mucha pasta. Y yo no tengo más pasta que la de limpiarme los dientes.

—Excusas para rechazar mi proposición y volver con la chica del 23-C.

—No es verdad. Ella está muy bien de todo, pero a mí me gusta mucho más usted. Y si no fuera millonaria...

—¿Qué haría?

—La estrecharía ahora mismo en mis brazos y la besaría apretadamente.

Colette sonrió.

—Creo recordar que eso ya lo hizo, Jean-Louis.

—Sí, pero yo entonces no sabía lo de los millones.

—Olvídese de mis millones, ¿vale?

—¿Quiere decir que puedo...?

—Pruebe a ver.

Jean-Louis abarcó por la cintura a la rica heredera, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios con vehemencia.

Colette no se quedó como muerta en esta ocasión, sino que rodeó el cuello del agente de seguros con sus brazos desnudos y le devolvió el beso con pasión.

Capítulo V

RAYMOND Barrault entró en su apartamento.

Al descubrir que Colette no estaba sola, se quedó parado, observando con cara de sorpresa al tipo que acompañaba a su sobrina.

—Colette... —murmuró.

—¡Tío Raymond! —exclamó la muchacha, brincando del diván.

Jean-Louis se levantó también.

Raymond Barrault caminó hacia el living.

—¿Quién es este caballero, Colette...? —preguntó.

—Se llama Jean-Louis Marquet, y es agente de seguros. Jean-Louis, éste es Raymond Barrault, mi tío y tutor.

Jean-Louis le tendió la diestra.

—Me alegro de conocerle, señor Barrault.

Raymond estrechó la mano del agente de seguros.

—Es un placer, señor Marquet. ¿Hace mucho que conoce a mi sobrina...?

—Pues, en realidad...

Colette intervino:

—Yo te hablaré de Jean-Louis, tío Raymond. Él tiene que marcharse enseguida. ¿Verdad que tienes mucha prisa, Jean-Louis?

—Bueno, yo...

—Te están esperando, ¿recuerdas?

—Sí, pero...

—Vamos, no te entretengas más —apremió Colette, empujándolo hacia la puerta. Jean-Louis carraspeó.

—Buenas noches, señor Barrault.

—Adiós, señor Marquet —respondió Raymond. Colette abrió la puerta e hizo salir a Jean-Louis del apartamento.

—¿Me llamarás mañana por teléfono, Jean-Louis?

—No me has dado el número.

—Figura en el listín telefónico.

—¿Por qué me has hecho salir con tanta prisa del apartamento?

—Ya has hecho esperar demasiado a la amiga de Henri.

—No tengo ganas de volver con ella.

—¿De veras? —sonrió Colette.

—Palabra que no.

- Pues márchate a casa.
- Es temprano para eso.
- Bueno, pues date una vuelta por las calles de París.
- Si me acompañas, encantado.
- Me gustaría, créeme. Pero no puedo, Jean-Louis.
- ¿Por qué?
- Tengo que hablar con mi tío.
- ¿Del bromista de la máscara de gorila?
- Entre otras cosas.
- Puedo volver más tarde.
- No, no lo hagas.
- ¿Por qué?
- Deja de hacer preguntas y márchate, Jean-Louis.
- Está bien, ya me voy.
- Y no olvides llamarme mañana, ¿eh?
- Descuida.

Colette le sonrió dulcemente.

- Sueña conmigo, Jean-Louis.
- Lo prometo.
- Pero respétame, ¿eh?
- De eso ya no estoy tan seguro.
- Sinvergüenza.
- Dame un beso de despedida, Colette.
- Te lo debo.
- ¿Y cuándo podré pasarte la factura?
- Tal vez mañana.
- Ya tenía que ser mañana.

Colette emitió una risita.

- No seas tan impaciente, Jean-Louis.
- La culpa la tienes tú, por ser tan bonita.
- Adiós, Jean-Louis.
- Hasta mañana.

Colette Seigner cerró la puerta y corrió hacia el living, exclamando:

- ¡Tío Raymond!
- Su tutor la recibió en sus brazos y la estrechó cariñosamente.
- ¿Qué te ocurre, pequeña?
- ¡Estoy aterrorizada!
- Pues hasta hace un momento no se te notaba en absoluto.

—¡Porque lo disimulaba, para que Jean-Louis no sospechara la verdad!

—Nunca me hablaste de él.

—¡Si le he conocido esta noche!

—¿Qué...?

—Vino aquí por equivocación. Le esperaba una chica en el apartamento 23-C, pero él se confundió y llamó al 32-C. Como Jean-Louis no conocía personalmente a la chica, me tomó por ella y me dio un beso que casi me deja tonta.

—¡Sopla!

—Le eché del apartamento, naturalmente.

—Después de darle una buena bofetada, ¿verdad?

—Sí, claro —mintió Colette.

—¿Y cómo es que continuaba aquí...?

—Volvió para disculparse.

—Vaya.

—Fue una suerte que volviera, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Yo me había desmayado.

—¿Efectos retardados del beso...?

—Ojalá hubiera sido por eso.

—¿Cuál fue la causa de tu desmayo, Colette?

—Antoine.

—¿Eh?

—Lo vi, tío Raymond.

—¿Que lo viste...?

—Sí, en la puerta. Jean-Louis acababa de irse, cuando sonó de nuevo el timbre. Yo abrí, creyendo que sería otra vez él, pero era Antoine.

—¡Eso no es posible!

—Ya sé que no, pero yo vi al hombre que maté.

Tenía el rostro totalmente cubierto de sangre, su ojo izquierdo estaba horriblemente destrozado por la bala... La impresión fue tan fuerte, que sufrí un fulminante desvanecimiento. Jean-Louis regresó, unos minutos después, y me encontró tirada en el suelo. Me hizo volver en sí, y casi se lo cuento todo.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad?

—No, no le dije nada.

—Menos mal.

—Para justificar mi desmayo, le dije que un bromista me había dado un susto tremendo con una máscara de gorila. Después le rogué que se quedara conmigo hasta que tú vinieras. No quería quedarme sola, después de lo ocurrido. Y Jean-Louis accedió.

Raymond Barrault, tras unos segundos de silencio, dijo:

—El miedo te jugó una mala pasada, pequeña.

—No crees que yo viera realmente al chantajista, ¿verdad?

—Antoine está muerto, Colette. Lo sabes tan bien como yo. Tu certero disparo acabó con su vida de forma casi instantánea. Cuando yo le toqué el cuello, su arteria carótida ya no latía. El tipo era ya cadáver. Un cadáver que yo arrojé a un pozo, en una granja abandonada. Un pozo estrecho y profundo del que, ni aun estando vivo, podría un hombre salir de él. Antoine sigue en ese pozo, no lo dudes. Y sigue muerto. Jamás saldrá de allí. —Entonces, lo imaginé.

—Sí, pequeña.

—Pues fue una visión muy clara, te lo aseguro.

—No lo dudo. Pero no fue una visión real, Colette.

No pudo serlo, y ya se te ha explicado por qué.

—Sí, tienes razón, tío Raymond —suspiró la muchacha.

Su tutor le acarició el rostro.

—¿Te encuentras con ánimos para salir, pequeña?

—¿A cenar?

—Sí.

Colette movió la cabeza.

—No podría tragar ni una aceituna rellena.

—Nos conviene salir, Colette. Si nos quedamos aquí, no dejaremos de pensar en Antoine. Tenemos que distraernos.

—Otra vez tienes razón, tío Raymond.

—Vamos, pues.

—Un momento, tío Raymond.

—¿Sí, pequeña...?

—¿Qué fue lo que Antoine averiguó sobre ti?

Raymond Barrault vaciló.

—¿De verdad quieres que hablemos de eso ahora, Colette?

—Sí, por favor. Me tiene intrigada, ¿sabes?

—Está bien, trataré de explicártelo. Aunque es bastante complicado, no creas.

—Pondré la máxima atención, te lo prometo.

—Verás, algunos de mis negocios no marchaban muy bien últimamente, por diversas causas.

—No lo sabía.

—No quise decirte nada para no preocuparte. Además, yo confiaba en hallar la manera de reactivar mis negocios. Y la encontré. No fue muy legal, pero dio resultado. Todavía no sé cómo ese tipo, Antoine, logró enterarse de los medios que yo había utilizado para levantar de nuevo mis negocios, pero el caso es que lo sabía. Y quiso sacar fruto de ello. Demasiado fruto. Si se hubiera conformado con

menos, quizá yo hubiese accedido a comprar su silencio. Me pidió una suma desorbitada, y... Bueno, ya sabes lo que pasó.

Colette no hizo ningún comentario.

Y es que su tío no le había aclarado demasiado las cosas.

Había confesado haber empleado unos medios poco legales para reactivar sus negocios, pero no había explicado qué medios eran éstos.

Colette no quiso insistir.

Pero tal vez lo hiciera más adelante.

Capítulo VI

JEAN-LOUIS Marquet había vuelto al apartamento 23-C.

Hubiera preferido no hacerlo, pero estaba obligado a dar la cara, o Henri Flamand no le perdonaría jamás que hubiese dejado plantada a Sylvie Reynal, sin darle la menor explicación.

Jean-Louis intuía que Sylvie se hallaría furiosa por su repentina desaparición, pero ya había encontrado la manera de justificar su ausencia.

Esta vez no pulsó el timbre, sino que entró en el apartamento sin llamar. Sylvie no había echado el cerrojo, así que no tuvo ninguna dificultad.

Caminaba ya hacia el living, cuando vio aparecer a la amiga de Henri, envuelta en una toalla. Salía de su dormitorio, y su cuerpo estaba mojado desde la frente hasta los dedos de los pies.

—¡Vaya, hombre, por fin volviste! —exclamó, visiblemente enfadada.

Jean-Louis carraspeó.

—Hola, Sylvie.

—¿Adónde diablos fuiste?

—¿Recuerdas que dije que iba a fumarme un cigarrillo, mientras te duchabas?

—Sí, lo dijiste.

—Pues, bien, cuando fui a echar mano de la cajetilla, descubrí que no la llevaba encima, así que no tuve más remedio que salir a comprar una.

—¿Por qué no me la pediste a mí...? ¡Tengo varias cajetillas en casa!

—No se me ocurrió.

—¿Y adónde fuiste a comprar los cigarrillos, a Suiza...? ¡Porque has tardado más de una hora en volver!

—¿Tanto...?

—¿Sabes cuántas duchas me he dado?

—No.

—¡Ocho!

—Qué fresquito debes tenerlo todo.

—¡Y tanto! ¡Como que me he hinchado como un garbanzo, de tanto ponerme bajo la ducha!

Jean-Louis no pudo contener la risa.

—Qué exagerada eres, Sylvie.

La amiga de Henri Flamand sonrió, demostrando que se le estaba pasando el enfado. —Con que exagero, ¿eh?

—Seguro.

—Comprueba tú mismo si me he hinchado como un garbanzo o no —dijo Sylvie, soltándose la toalla, que cayó blandamente al suelo.

Jean-Louis contempló el cuerpo desnudo de la rubia, todavía húmedo, fresco, tentador... —Yo creo que todo tiene el mismo tamaño que antes, Sylvie.

—¿Estás seguro?

—Bueno, si quieres voy en busca de un metro y...

—¡No, que tardarías otra hora en regresar! —exclamó la rubia, y se echó encima del agente de seguros.

Cayeron los dos al suelo, pero Sylvie se las arregló para quedar sobre Jean-Louis. Le cogió la cabeza con ambas manos y dijo:

—Vamos a hacer el amor, cariño.

—¿En el suelo?

—El lugar es lo de menos.

—En la cama estaríamos más cómodos, Sylvie.

—No puedo esperar ni un segundo más, Jean-Louis. ¡Bésame! ¡Estrújame! ¡Muérdeme!

—¿Todo a la vez...?

—¡Sí!

—Muy bien —sonrió el agente de seguros, y empezó a trabajar con el explosivo cuerpo de la amiga de Henri Flamand.

* * *

Un par de horas después de haber dejado el apartamento de Raymond Barrault, éste y Colette Seigner regresaban a casa en el «Mercedes-Benz» de Raymond.

El deportivo rojo de Colette había quedado estacionado frente al apartamento de su tío. Ella creyó que iban a pasar la noche allí, pero Raymond decidió que debían ir a dormir a casa, pues deseaba hallarse en ella cuando por la mañana, temprano, llegase el servicio. Raymond estaba seguro de haber borrado todas las huellas de lo sucedido, pero, a pesar de ello, quería estar presente cuando llegasen los criados y comprobar que no encontraban nada raro en la casa.

Colette, una vez más, tuvo que dar la razón a su tío.

En realidad, a ella le daba lo mismo dormir en su casa que en el apartamento de su tío, pues si la casa le recordaba la muerte de Antoine, el apartamento le recordaba la aparición del chantajista.

Una aparición seguramente imaginaria, pero no por ello menos aterradora. Es decir que, tanto en un sitio como en el otro, el recuerdo de lo ocurrido flotaría en el ambiente. Colette sabía que iba a dormir muy poco aquella noche.

Tal vez nada.

Y quizá fuese mejor, porque si lograba conciliar el sueño y empezaba a tener horribles pesadillas relacionadas con la muerte de Antoine y su supuesta aparición en el apartamento de su tío...

Colette se estremeció sólo de pensarlo.

Poco después, llegaban a la casa.

Raymond Barrault encerró el «Mercedes-Benz» en el garaje, y él y su sobrina salieron del coche.

—Vamos, Colette —dijo Raymond, cogiéndola del brazo.

Entraron en la casa.

—¿Cómo te sientes, pequeña?

—Bien.

—Quizá debieras tomar alguna pastilla para dormir.

—Sabes que no me gustan, tío Raymond.

—Sí, pero dadas las circunstancias...

—No necesito pastillas para dormir, créeme.

—Está bien, como prefieras.

Subieron la escalera de mármol.

Raymond Barrault acompañó a su sobrina hasta la misma puerta de su habitación. Le dio un beso en la mejilla y dijo:

—Que descanses, Colette.

—Tú también, tío Raymond.

—Si te sintieras mal o necesitaras alguna cosa, no dudes en llamarme.

—Lo haré, descuida.

—Buenas noches, pequeña.

—Hasta mañana, tío Raymond.

Colette entró en su habitación, encendió las luces y cerró la puerta, cuyo cerrojo estuvo tentada de echar.

No lo hizo.

Hubiera sido una precaución innecesaria.

Antoine estaba muerto.

Su cadáver yacía en el fondo de un estrecho y profundo pozo, del que ni siquiera un hombre vivo podría salir. El chantajista no podía hacerle ningún daño.

Colette se dijo que debía quitarse el miedo de encima, porque si seguía dominándola, le jugaría otra mala pasada y le haría ver de nuevo a Antoine.

Y seguramente su corazón no lo resistiría.

Del terror infinito, al paro cardíaco, sólo hay un paso.

Y más bien corto.

Colette no quería darlo.

Podía costarle muy caro.

Incluso podía costarle la vida.

Colette se alejó de la puerta, dejando el cerrojo quieto.

Abrió una de las puertas del armario de la ropa.

La de la derecha, exactamente, porque en ese lado guardaba sus camisones, sus pijamas, y su ropa interior. Cogió uno de los camisones, un fantástico modelo en gasa negra, bordeado de finísimo volante de puntilla y abertura rematada debajo del pecho por una vistosa cinta roja en forma de lazo.

Colette cerró la puerta y se acercó a la cama, sobre la cual dejó el caro pero sugestivo camisón. Se quitó el vestido, los zapatos, las medias y el ligero, y se puso el camisón. Después cogió el vestido y volvió junto al armario, para guardarlo.

Abrió la puerta de la izquierda, porque era allí donde tenía sus vestidos, pero no pudo colgar el que había lucido aquella noche, pues le cayó de las manos en cuanto vio lo que vio.

Tampoco pudo gritar, aunque lo intentó.

Ni siquiera pudo retroceder.

Sus piernas no le obedecían.

El terror las había paralizado.

Y no era para menos.

¡Antoine estaba allí!

¡Dentro del armario!

¡De piel!

¡Mirándola con un solo ojo, el derecho!

¡El izquierdo lo tenía reventado!

Colette estaba al borde del infarto.

Y, para que su terror fuera aún mayor, la boca del muerto, cubierta de sangre, como toda su fea cara, le brindó una sonrisa cruel, vengativa, cavernosa de verdad.

Por si faltaba algo, Antoine levantó su mano derecha, tan ensangrentada como su rostro, y la acercó lentamente al cuello de la aterrorizada muchacha, como si deseara atenazárselo.

Y ocurrió lo que Colette temía que ocurriera si volvía a ver al muerto. Sintió una punzada en el pecho, aguda, dolorosa, terrible.

Después, las piernas se negaron a sostenerla y se desplomó.

La vista se le había nublado.

Apenas veía nada.

Tan sólo unos segundos después, perdía el conocimiento y quedaba absolutamente inmóvil, las manos sobre el pecho, a la altura del corazón.

Un corazón que no había podido resistir la segunda aparición de Antoine...

Capítulo VII

COLETTE Seigner entreabrió los ojos con esfuerzo, pues los párpados le pesaban como losas. En realidad, todo su cuerpo parecía una gigantesca losa.

No podía mover ni un dedo.

Al principio, lo vio todo turbio, difuminado, tambaleante.

Poco a poco, sin embargo, su vista se fue aclarando y pudo comprobar que se encontraba en su habitación, acostada en su cama, cubierta hasta casi el cuello con la sábana, aunque sus brazos descansaban fuera de ella.

A su derecha, estaba el doctor Duhamel, un hombre de unos cuarenta años de edad, grueso, más bien bajo de estatura, con una cara de bonachón que inspiraba toda la confianza del mundo.

Al otro lado de la cama estaba Raymond Barrault, con gesto de profunda preocupación, de angustia, de sufrimiento.

—Tío Raymond... —pronunció débilmente Colette.

Su tutor le cogió la mano y la puso entre las suyas.

—No hables, pequeña. El doctor Duhamel dice que no te conviene.

—Yo...

El doctor Duhamel intervino.

—Tranquílcese, Colette. El peligro ha pasado ya.

—¿De veras, doctor?

—Es cierto, pequeña —confirmó Raymond—. No tienes nada que temer, estás completamente a salvo. El doctor Duhamel es un médico muy competente, el mejor que conozco. A él le debes la vida.

—Se equivoca, señor Barrault. Si Colette sigue viva, es gracias a usted. Si no me hubiera llamado con tanta rapidez, yo no hubiese llegado a tiempo. Nada hubiera podido hacer por su sobrina.

—Gracias a Dios, escuché el ruido que produjo Colette al derrumbarse. De no haber sido por eso, no me hubiera enterado de su desvanecimiento.

—Y ella hubiera muerto.

Colette se asustó.

—¿Tan grave fue, doctor...?

El médico asintió con la cabeza.

—Le falló el corazón, Colette.

—Dios mío...

—No tiene por qué alarmarse. Si sigue usted mis instrucciones, el ataque no volverá a repetirse. Unos días de reposo absoluto, junto con una medicación adecuada, lograrán que su ahora débil corazón recobre su fortaleza de siempre.

—¿Está seguro, doctor...?

—Se lo garantizo, Colette.

Raymond Barrault intervino:

—Confía en el doctor Duhamel, pequeña.

—Sí, tío Raymond.

—Por la mañana la reconoceré de nuevo, Colette —anunció el médico, cerrando su maletín.

—Gracias, doctor.

—No hay de qué.

Raymond dijo:

—¿No le importa que no le acompañe hasta la puerta, doctor Duhamel? No quisiera dejar sola a Colette...

El médico sonrió.

—No se preocupe, señor Barrault. Conozco el camino.

—Gracias, doctor Duhamel.

—Hasta mañana, señor Barrault.

El médico abandonó la habitación.

Raymond Barrault se sentó en el borde de la cama.

—Qué susto me diste, pequeña.

—Supongo que sí.

—¿Recuerdas lo que te sucedió?

Colette volvió la mirada hacia su armario.

La clavó en la puerta de la izquierda.

Ahora estaba cerrada.

—Perfectamente, tío Raymond.

—Cuéntamelo.

—Vi de nuevo a Antoine. O creí verlo, al menos...

—¿Dónde?

—Estaba en el armario. Abrí la puerta de la izquierda, para guardar el vestido, y lo vi... Tan claramente cómo te veo ahora a ti, tío Raymond. Quise gritar, pero no me salió la voz. El tipo me sonrió con sus labios manchados de sangre y alargó su mano hacia mi cuello, como si quisiera estrangularme... Justo en ese momento, sentí un terrible aguijonazo en el pecho y me desplomé.

Raymond le acarició el pelo»

—No debí dejarte sola, Colette.

—No podías acostarte conmigo, tío Raymond.

—Ya sé que no. Pero sí puedo pasar la noche en un sillón. Y eso es lo que voy a hacer. No volveré a dejarte sola, te lo prometo.

—¿Crees que podrás dormir en un sillón?

—No tengo intención de dormir, prefiero velar tu sueño.

—Si no duermes al menos unas horas, mañana estarás hecho polvo.

—Pues que me barra la doncella.

Colette sonrió.

—Me gustaría tener fuerzas para reír. Tu chiste ha sido muy bueno, tío Raymond.

—Me salió sin pensar. Ya sabes que soy muy malo haciendo chistes.

—Tú eres bueno para todo, tío Raymond.

—Muchas gracias.

—Te debo la vida.

—Y yo te la debo a ti, así que estamos en paz. Antoine me hubiera matado, seguro. Era más joven y más fuerte que yo. Y tenía una navaja. Me la hubiera clavado, si tú no... Colette tuvo un estremecimiento.

—No me lo recuerdes, tío Raymond.

—Oh, perdóname, te lo ruego. Soy un grandísimo estúpido.

—No digas eso, por favor.

Raymond Barrault acarició nuevamente el suave cabello de su sobrina.

—Duérmete, pequeña.

—No tengo sueño.

—Ya oíste al doctor Duhamel. Necesitas descansar, Colette.

—Estoy en la cama, luego estoy descansando.

—Dormida descansarás mucho mejor.

—Está bien, trataré de dormir. Pero antes quisiera preguntarte algo, tío Raymond.

—¿Qué quieres preguntarme, pequeña?

—¿Tú crees en espíritus?

—¿En qué...?

—En espíritus.

—¿A qué viene esa pregunta tan tonta, Colette? —Antoine.

—Antoine está muerto.

—Lo sé, pero yo lo he visto dos veces después de su muerte.

—Creíste verlo, que no es lo mismo.

—Estoy segura de que lo vi realmente, tío Raymond. Si no era el cuerpo material de Antoine, era su espíritu, que regresó del Más Allá para vengarse.

—¿De quién?

—De mí, naturalmente. Fui yo la que le disparó. Yo maté a Antoine. Le destrocé el ojo izquierdo de un balazo y acabé con su vida en sólo unos segundos. Y Antoine desea vengarse.

—Estás diciendo disparates, Colette.

—¿Tú crees?

—Nadie regresa del Más Allá, ni material ni espiritualmente. Cuando uno se muere, se acabó todo. No hay la menor posibilidad de volver al mundo de los vivos. Eso sólo sucede en las novelas y en las películas de terror. Son fantasías de los escritores que cultivan ese género. Todo es invención. Y me sorprende que tú, una chica culta e inteligente, puedas pensar que...

Colette se mordió los labios.

—Tienes razón, tío Raymond. Es ridículo e infantil que, a mis casi veintidós años, crea que los espíritus de los muertos pueden regresar del Más Allá.

—Desde luego que lo es.

—Intentaré dormirme.

—Sí, es lo mejor. Ya has hablado demasiado, pequeña.

Raymond Barrault se levantó y se sentó en un sillón.

Colette Seigner cerró los ojos.

No era cierto que no tuviera sueño.

Lo que tenía era miedo de dormirse.

Temía sufrir pesadillas.

Ver a Antoine en sueños.

Ensangrentado.

Con su ojo izquierdo espantosamente reventado.

Caminando hacia ella.

Atenazándole el cuello con sus manos, igualmente manchadas de sangre...

Colette sintió frío.

Pidió a Dios que no le permitiera soñar con Antoine.

Ya había sufrido bastante despierta.

Sería el colmo de la desdicha volver a vivir todo aquel horror en sueños.

Con el fin de no dormirse con la horrible imagen de Antoine fija en su pensamiento, optó por pensar tenazmente en otra persona, hasta que el sueño la rindiera.

Otra persona mucho más agradable que Antoine, naturalmente.

Como, por ejemplo, Jean-Louis Marquet.

En él empezó a pensar Colette.

En su vigorosa forma de abrazar.

En su excitante forma de besar.

En su...

Colette no pudo seguir pensando en el apuesto agente de seguros.

Se había dormido ya.

Capítulo VIII

JEAN-LOUIS Marquet detuvo su coche frente a la hermosa casa de Colette Siegner, y no pudo evitar el sentir un poco de vergüenza, ya que su automóvil, un Simca azul adquirido de segunda mano, desentonaba con sus varias abolladuras y la clara falta de unos retoques de pintura.

Jean-Louis pensaba dárselos, desde luego, así como también eliminar las feas abolladuras. El problema estribaba en que nunca disponía del tiempo necesario para dejar su coche en el taller de reparaciones, pues lo necesitaba para realizar su trabajo.

El agente de seguros cogió el bonito ramo de flores que había comprado para obsequiárselo a Colette Seigner, y salió del Simca. Caminó hacia la puerta de la casa y pulsó el timbre.

El concierto dio comienzo al otro lado de la puerta.

Parecía la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por la genial batuta de Herbert von Karajan.

—Con lo que costó este carillón, tendría yo para un coche nuevo y aún me sobraría para un par de trajes —murmuró Jean-Louis, verdaderamente impresionado.

Segundos después, la puerta se abría y un mayordomo, correctamente uniformado, se dejaba ver. Se trataba de un sujeto alto y delgado, cuarentón, con la nariz afilada como un cuchillo y el mentón bastante pronunciado.

A Jean-Louis le entraron ganas de reír, pero se limitó a sonreír con algo de guasa.

—Buenos días, Bautista.

El mayordomo alzó orgullosamente la barbilla.

—No me llamo Bautista, señor.

—¿No?

—Soy Gastón.

—¿El del bastón?

El mayordomo parpadeó.

—¿Qué bastón?

Jean-Louis se echó a reír.

—Ha sido una broma, Gastón.

—El señor tiene sentido del humor, ¿eh?

—Un poco.

—¿Qué es lo que desea?

—Quiero ver a la señorita Seigner.

—Me temo que no podrá ser, señor. La señorita Seigner está enferma.

—Lo sé. Llamé por teléfono hace un rato, y me lo dijeron. Por eso estoy aquí.

—Oh, fue usted quien telefoneó...

—Sí. ¿Hablé con usted, Gastón?

—Efectivamente, señor.

—Me llamo Jean-Louis Marquet, y soy amigo de la señorita Seigner. Haga el favor de decirle que estoy aquí. Seguro que querrá recibirme.

—Lo dudo, señor Marquet. La señorita Seigner guarda cama.

—¿Qué nos apostamos, Gastón?

El mayordomo elevó nuevamente su pronunciada barbilla.

—Yo nunca hago apuestas, señor.

—Era otra broma, Gastón. Vamos, avise a la señorita Seigner —rogó Jean-Louis, con una sonrisa.

—Está bien. Pase usted, señor Marquet.

Jean-Louis entró en la casa.

—Le ruego que espere aquí, señor Marquet.

—No me moveré, Gastón.

El mayordomo echó a andar, con paso ceremonioso, y empezó a subir la escalera de mármol. Llegó arriba y desapareció.

Mientras esperaba, Jean-Louis calculó las dimensiones del lujoso vestíbulo.

—Aquí se podría jugar un partido de baloncesto... —murmuró.

Poco después, Gastón aparecía en lo alto de la escalera y empezaba a descender los peldaños.

—¿Qué? —preguntó Jean-Louis, sin esperar a que el mayordomo llegara abajo.

—Estaba usted en lo cierto, señor Marquet. La señorita Seigner se ha alegrado mucho de su visita, y quiere que le lleve a su habitación. Si tiene la amabilidad de acompañarme, señor Marquet...

—¡Al instante! —respondió Jean-Louis, y trotó hacia la escalera.

Empezó a subir los peldaños a saltos.

El mayordomo carraspeó.

—Cuidado, señor Marquet, no vaya a caerse.

—¡Por una escalera tan lujosa como ésta sería un placer rodar, Gastón!

—Hombre, tanto como un placer...

—¡Ha sido otra broma, Gastón! —rió Jean-Louis. El mayordomo

sonrió, pero muy levemente, como si pensara que era pecado sonreír.

—Usted y su sentido del humor, señor Marquet. Llegaron arriba y Gastón indicó al agente de seguros cuál era la habitación de Colette.

—Gracias, Gastón.

—No hay de qué, señor.

Jean-Louis caminó hacia la habitación de Colette. Dio unos suaves golpes con los nudillos.

Fue Raymond Barrault quien abrió la puerta.

—Buenos días, señor Marquet.

—Buenos días, señor Barrault.

—Pase, por favor.

—Gracias.

Jean-Louis entró en la habitación.

Colette le sonrió desde la cama.

—Hola, Jean-Louis.

—¿Cómo te encuentras, Colette?

—Mucho mejor, gracias.

—Cuánto me alegro.

—¿Esas flores son para mí?

—Claro. No iban a ser para Gastón. No es mi tipo —bromeó el agente de seguros. Raymond y Colette rieron las palabras de Jean—Louis.

—Te lo agradezco mucho, Jean-Louis —dijo la muchacha.

—Telefoneé hace un rato, y Gastón me dijo que te encontrabas enferma. Por eso me atreví a venir.

—Fue una gran idea.

Raymond Barrault carraspeó ligeramente.

—Será mejor que os deje solos, Colette.

—Otra gran idea.

—Qué descarada eres —rió Raymond, y salió de la habitación.

—Acércate, Jean-Louis —rogó Colette.

—Antes dime qué hago con las flores.

—Ponías en el búcaro que hay sobre el tocador. Jean-Louis las dejó allí y se acercó a la cama.

—¿Puedo sentarme en el borde?

—Claro.

Jean-Louis se sentó en la cama y cogió una de las manos de la muchacha.

—Traigo la factura, ¿sabes?

—¿Qué factura?

—La del beso que me debes.

—Cóbratelo, pues.

Jean-Louis se inclinó y posó sus labios sobre los de la joven.

Fue un beso suave, tierno, delicado.

Después, se miraron a los ojos.

—Me ha gustado, Jean-Louis —confesó Colette. —Y a mí.

—¿Volviste con la amiga de Henri?

—Sí, pero sólo para despedirme de ella.

—Estaría furiosa por tu tardanza, ¿no?

—Mucho.

—¿Qué explicación le diste?

—Que había ido a comprar cigarrillos.

—¿Y se lo creyó?

—Creo que no, porque me preguntó si los había comprado en Suiza.

Colette rió.

—¡Es evidente que no se lo tragó!

Jean-Louis le oprimió tiernamente la mano.

—Hablemos de ti, Colette.

—¿De mí?

—¿Qué es lo que te pasa?

—Tengo problemas, Jean-Louis.

—¿Con quién?

—Con mi corazón.

—¿Qué le pasa a tu corazón?

—Anoche me falló.

—¿Por qué motivo?

—Me gustaría contártelo, pero...

—Hazlo, por favor.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Hablemos de otra cosa, te lo ruego.

—¿Es que no confías en mí, Colette?

—No es eso, Jean-Louis.

—¿Qué es, entonces?

—No quiero comprometerte.

—No me importa que me comprometas, Colette.

—Por favor, no insistas.

—Deseo ayudarte, ¿es que no te das cuenta?

Colette guardó silencio.

Los ojos se le habían humedecido, y las primeras lágrimas estaban a punto de saltársele. Jean-Louis tomó el rostro de la muchacha con sus manos, con infinita ternura.

—Habla, Colette, te lo suplico.
Ella resistió unos segundos más.

Después, confesó:

—He matado a un hombre, Jean-Louis.

Capítulo IX

JEAN-LOUIS Marquet retiró lentamente sus manos de bello rostro de Colette Seigner.

—¿Que tú...? —musitó, incrédulo.

—Sí, he matado a un hombre, Jean-Louis —repitió quedamente ella.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿En el apartamento de tu tío?

—No, en esta casa.

—¿Quién era ese hombre?

—Se llamaba Antoine.

—¿Por qué lo mataste?

—Era un chantajista.

—¿Cómo ocurrió?

Colette se lo contó todo.

Lo ocurrido en el despacho de su tío, lo sucedido en el apartamento de él, y lo que pasó en su habitación, cuando ella se disponía a guardar el vestido en el armario.

No omitió un solo detalle.

Jean-Louis la escuchó atentamente, sin interrumpir la una sola vez.

Cuando concluyó su relato, Colette preguntó:

—¿Qué opinas tu, Jean-Louis?

—Pues, todavía no lo sé.

—¿Tiene razón mi tío? ¿Fue todo fruto de mi imaginación, de mis nervios alterados, de mi miedo...?

—Tal vez.

—¿O fue el espíritu de Antoine lo que vi por dos veces...?

Jean-Louis movió negativamente la cabeza.

—Eso puedes descartarlo de forma definitiva, Colette, porque los espíritus no existen. —¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Entonces, piensas lo mismo que mi tío. La imagen ensangrentada de Antoine sólo estaba en mi cerebro, no era real.

—Es posible. Aunque también es posible que la imagen fuera

auténtica.

—¿Auténtica...?

—Sí, Antoine en carne y hueso.

Colette se estremeció.

—¿Qué estás diciendo, Jean-Louis...?

—Pues, que tal vez el tipo no murió, Colette.

—¡Murió, Jean-Louis, murió! ¡Mi tío le tocó el cuello y comprobó que su arteria carótida ya no latía!

—Eso es lo que él te dijo.

Colette abrió la boca, desconcertada.

—¿Piensas que me mintió...?

—Cabe la posibilidad, desde luego.

—¿Por qué razón iba a mentirme mi tío?

—Se me ocurren cinco millones de razones, Colette. Siete millones de razones, mejor dicho, si contamos los dos millones largos que vale esta casa.

La muchacha dilató los ojos.

—¿Estás pensando en la herencia...?

—Así es —asintió el agente de seguros.

Colette irguió bruscamente el torso.

—¡Estás loco, Jean-Louis!

Este no respondió.

Prefirió mirar.

Y es que había algo muy hermoso que ver.

Al incorporar el torso con brusquedad, Colette había provocado el rápido deslizamiento de la sábana, y como el precioso camión era totalmente transparente, sus bellos y armoniosos senos podían contemplarse con todo detalle a través de la fina gasa.

Y eso hizo Jean-Louis, contemplarlos.

La imagen no podía ser más tentadora.

Colette no se había percatado de que la sábana había resbalado hasta casi su cintura, y por tanto ignoraba que estaba exhibiendo descaradamente sus pechos, apenas velados por el negro camión.

Y es que las palabras de Jean-Louis seguían resonando en su cerebro, impidiéndole pensar en otra cosa.

Jean-Louis no quiso seguir aprovechándose de la confusión mental que padecía Colette en aquellos momentos, así que emitió un suave carraspeo y dijo:

—La sábana, Colette.

—¿Qué?

—Se ha ido para abajo. Y como tu camión no es de tela de saco, precisamente...

Colette se miró.

—¡Ay! —gritó, y se subió la sábana hasta el cuello con un veloz movimiento, al tiempo que enrojecía. Después, gruñó—: Tú siempre a las caídas, ¿eh?

—Especialmente, si son de sábana —sonrió Jean—Louis.

—¿Y qué me dices de las caídas de dientes?

—¿Piensas obligarme a escupir alguno, de un puñetazo?

—Me lo estoy pensando.

—Yo no tiré de la sábana, Colette. Se deslizó sola.

—¿Por qué no lo impediste?

—No me dio tiempo.

—Carota.

—Si quieres sacudirme, mi mandíbula está a tu disposición. Pero no esperes que escupa ningún diente, los tengo demasiado fuertes.

—Lo que quiero es sacarte de la cabeza esa descabellada idea que tienes sobre mi tío y mi fortuna.

—¿Para quién serían tus millones, si tú murieras?

—Para él, pero...

—¿Te das cuenta?

Colette apretó los dientes.

—Mi tío no necesita mi dinero, Jean-Louis.

—Sus negocios iban mal, ¿no?

—Pero ya vuelven a ir bien.

—Quizá no sea así, y por eso urdió un plan para conseguir tu fortuna. Contrató al tal Antoine para representar el papel de chantajista, simularon la pelea, tu tío te indicó que empuñaras la pistola que guardaba en el cajón superior de su mesa, previamente cargada con cartuchos de fogueo, tú disparaste sobre el supuesto agresor, y él fingió que la inexistente bala se incrustaba en su cara y le causaba la muerte. Una muerte que tu tío se encargó de confirmar, para que luego, cuando Antoine se te apareciera, no pudieras pensar que continuaba con vida. Tu terror sería mucho mayor si pensabas que Antoine había regresado del Más Allá, para vengarse de ti por haberle matado. Y eso fue lo que pensaste, que se trataba de su espíritu.

—¿Y la sangre que escapaba por entre sus crispados dedos...?

—Pintura roja, probablemente.

—¿Y su ojo reventado...?

—Un buen maquillaje, para impresionarte aún más en sus inesperadas apariciones. —Olvidas un detalle importante, Jean-Louis.

—¿Cuál?

—Si mi tío no hubiese llamado al doctor Duhamel con tanta rapidez, yo estaría muerta. Jean-Louis se mesó el cabello.

—Sí, eso es verdad.

—¿Te das cuenta, Jean-Louis? Si mi tío hubiera planeado matarme a sustos, como tú sospechas, anoche me habría dejado morir, en vez de avisar urgentemente al doctor Duhamel.

—Bueno, tal vez no le interesaba que murieras tan pronto, Colette.

—¿No?

—Tu tío estimó conveniente que el doctor Duhamel supiera lo de tu desvanecimiento. De ese modo, si al siguiente desvanecimiento fallecías, no le pillaría de sorpresa, y ni el doctor Duhamel ni nadie sospecharía que tu muerte fue provocada.

Colette apretó los labios.

—Tienes explicación para todo, ¿eh, Jean-Louis?

—Quizá se deba a que analizo los hechos fría y serenamente, de una manera absolutamente imparcial, lo cual tú no puedes hacer, porque el cariño que sientes por tu tío y la confianza que le tienes, lo impiden.

—Tío Raymond es inocente, Jean-Louis. Por mucho que digas, no conseguirás que sospeche de él.

—Fue idea suya el ocultar la muerte de Antoine a la policía, ¿no?

—Ya te expliqué los motivos.

—Unos motivos que a mí no me convencen, Colette.

—¡Pruebas, Jean-Louis! ¡Quiero pruebas!

—No tengo ninguna, por el momento. Pero, si tú me autorizas, trataré de conseguir alguna.

Colette titubeó.

Finalmente, sin embargo, accedió:

—De acuerdo, Jean-Louis. Puedes empezar a buscar pruebas contra mi tío. Pero perderás el tiempo, ya lo verás.

—Voy a hacerte una pregunta, Colette.

—Adelante.

—En las dos ocasiones en que vistes a Antoine, con el rostro ensangrentado y el ojo izquierdo destrozado, ¿la sangre estaba tierna o seca?

—Tierna.

—¿Estás segura?

—Sí.

Jean-Louis se puso en pie, se acercó al armario, y abrió la puerta de la izquierda. Empezó a revisar los vestidos de Colette.

Esta, extrañada, preguntó:

—¿Qué haces, Jean-Louis?

El agente de seguros no respondió.

Había cogido uno de los vestidos.

Con él en las manos, regresó junto a la muchacha y se lo mostró.

—Observa esta pequeña mancha, Colette.

—¡Parece sangre!

—Estoy seguro de que es pintura roja. En cualquier caso, demuestra que Antoine *estuvo* anoche en tu armario, que no fue producto de tu imaginación, de tus nervios alterados, ni de tu miedo. El tipo se escondió ahí con el único propósito de aterrorizarte, como ya hiciera antes en el apartamento de tu tío. Y representó tan bien su papel, el muy canalla, que casi te mata.

Capítulo X

COLETTE Seigner estaba a punto de echarse a llorar.

No quería sospechar de su tutor, pero...

La mancha, de sangre o de pintura, que Jean-Louis Marquet había descubierto en uno de sus vestidos, era una prueba que ella no podía rebatir.

Antoine estuvo en su armario.

Fue una imagen real.

Colette no tenía más remedio que admitir la culpabilidad de su tío.

Él dijo que la oyó desplomarse, y que acudió presuroso, para socorrerla. Forzosamente tuvo que ver a Antoine, a menos que éste se esfumara en sólo unos segundos, como un espíritu...

Y Colette ya no creía en espíritus.

Parecía mucho más verosímil la teoría de Jean—Louis, aunque a ella le doliera aceptar que su tío...

Colette no pudo resistir más y rompió en sollozos, al tiempo que se dejaba caer hacia atrás. Se cubrió el rostro con las manos, para que Jean-Louis no la viera llorar.

El agente de seguros permitió que la joven diera rienda suelta a sus lágrimas. Comprendía perfectamente lo que ella sentía, y era mejor que se desahogara llorando. Jean-Louis regresó junto al armario, guardó el vestido, y cerró la puerta. Después, volvió junto a la cama, se sentó en ella, y acarició el rubio cabello de la muchacha.

—Colette...

Ella retiró lentamente las manos de su rostro y lo miró, con los ojos anegados de lágrimas.

—Estabas en lo cierto, Jean-Louis. No maté a Antoine, mi tío no arrojó su cadáver a un pozo, todo forma parte de un canallesco plan urdido por mi tutor para provocar mi muerte y poder disponer de mi fortuna.

El agente de seguros extrajo su pañuelo y secó las lágrimas de la joven.

—Le desenmascararemos, Colette.

—¿Cómo?

—Atrapando a Antoine.

—Eso no será fácil, Jean-Louis. No sabemos quién es, ni dónde

vive. Ni siquiera sabemos su apellido. ¿Cómo piensas atraparlo?

—Vigilaré la casa. Antoine tiene que volver, para darte un tercer y quizá definitivo susto. Es obvio que no puede hacerlo de día, porque los criados le descubrirían. Intentará colarse en la casa de noche, cuando todos duerman. Yo le estaré esperando, perfectamente oculto, y...

—Antoine es un tipo muy fuerte, Jean-Louis.

—Yo también lo soy.

—Sí, pero...

—Lo atraparé, no lo dudes.

—Temo por ti, Jean-Louis.

—No me pasará nada, tranquilízate. Además, sabiendo que está en juego tu vida, no puedo fallar. Voy a comerme crudo a ese bastardo de Antoine.

Colette alzó los brazos y le cercó el cuello.

Al hacerlo, la sábana se fue para abajo y volvió a dejar al descubierto su busto, que el atrevido camisón no podía ocultar.

Jean-Louis echó una miradita a los hermosos pechos de Colette.

—Me parece que a ti también voy a darte algún que otro mordisquito, ¿sabes? —dijo. —¿En la nariz?

—Un poco más abajo.

—¿En los labios?

—Más abajo, más abajo.

—¿En la barbilla?

—Sigue bajando, sigue bajando.

—¿En el cuello?

—Ya casi estás llegando.

—¿Se me ha vuelto a deslizar la sábana...?

—Así es.

—Cúbreme tú mismo, Jean-Louis.

—El caso es que prefiero que la sábana siga como está.

—No seas sinvergüenza.

—Si quieres que suba la sábana, antes tendrás que autorizarme a besar lo que mis ojos están viendo.

—¿Es que quieres matarme?

—¿Por qué dices eso?

—Mi corazón no está en condiciones de soportar cierta clase de emociones. Sigue débil, Jean-Louis.

—No pensaba comerte los pechos a besos, Colette.

Sólo rozarlos con mis labios. Y por encima del camisón, no creas. De todos modos, tienes razón. Tu corazón todavía no se ha recuperado de lo de anoche, y debemos procurar que no se altere por nada.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—A ti, por ser tan bonita.

—En los labios sí puedes besarme, ¿sabes?

—Suavemente, ¿verdad?

—Eso es. Los besos apasionados y excitantes, debemos dejarlos para cuando yo me haya restablecido totalmente.

—Estoy absolutamente de acuerdo —sonrió Jean—Louis, y depositó un tierno beso en los labios de Colette.

Ella, sin retirar los brazos de su cuello, preguntó:

—¿Has estado enamorado alguna vez, Jean-Louis?

—Sí, estuve enamorado una vez.

—¿Y qué pasó?

—La chica me dejó y se casó con otro.

—¿Por qué lo hizo?

—Por dinero. El otro tipo, que por cierto había cumplido ya los cuarenta y tenía cara de tambor, era banquero. Y un modesto agente de seguros no puede competir con un banquero.

—Siento que tu novia te dejara, Jean-Louis.

—Yo también lo sentí, pero sólo al principio. Después, me alegré. No hubiera sido feliz con una mujer tan egoísta como aquella. Además, si me hubiera casado con ella, no te habría conocido a ti.

—Eso es verdad.

—Conocerte a ti ha sido lo mejor que me ha ocurrido en la vida, Colette.

—Lo mismo digo, Jean-Louis.

—¿Resistirá tu corazón otro besito tierno y delicado?

—Seguro.

Jean-Louis la besó.

Después, dijo:

—Tengo que irme, Colette.

—¿Tan pronto?

—Quiero adelantarme el trabajo, para poder dormir unas horas esta tarde. Quizá Antoine no venga esta noche a darte el susto definitivo, sino la siguiente. Y, en ese caso, tendré que pasarme la noche entera vigilando la casa. Por eso quiero dormir tres o cuatro horas esta tarde. Trabajaré sólo por la mañana, comeré en mi apartamento, y echaré una buena siesta. Así es seguro que por la noche no me dormiré.

—¿Dónde vives, Jean-Louis?

El agente de seguros se lo dijo.

Luego, se puso en pie y se despidió:

—Adiós, Colette.

—Pensaré en ti, Jean-Louis.

Justo en ese momento, se abrió la puerta y Raymond Barrault entró en la habitación.

—¿Se marcha ya, señor Marquet? —preguntó, con la sonrisa en los labios.

Jean-Louis sintió deseos de partírselos de un puñetazo, pero no tuvo más remedio que disimular, para que el tutor de Colette no sospechara que ellos habían descubierto ya su maquiavélico plan.

—Sí, tengo que trabajar, señor Barrault —respondió.

—Volverá por aquí, ¿verdad?

—Desde luego.

—Colette se alegrará de verle. ¿No es cierto, pequeña?

—Mucho —asintió la muchacha, esforzándose también por disimular el temor que ahora le inspiraba su tío.

Sabía que él deseaba su muerte.

Una muerte horrible, puesto que pensaba matarla a sustos.

Y no hay nada peor que morir de miedo.

De pánico.

De terror...

Raymond Barrault pulsó un timbre y dijo:

—La doncella le acompañará hasta la puerta, señor Marquet.

—Gracias.

Raymond le tendió la mano.

—Hasta la vista, señor Marquet.

—Adiós, señor Barrault —respondió el agente de seguros, estrechándole la diestra. Jean-Louis salió de la habitación, en la que quedó Raymond, haciendo compañía a Colette.

La doncella apareció.

Era una joven morena, de cara graciosa y figura bastante atractiva.

—Por aquí, señor —rogó, con una amable sonrisa.

Jean-Louis la siguió.

La doncella movía sus firmes caderas con gracia, y los ojos del agente de seguros no tardaron en posarse en ellas.

Bajaron al vestíbulo.

Gastón, el mayordomo, no se encontraba en él. La doncella abrió la puerta.

—Adiós, señor.

—Adiós, bonita —sonrió Jean-Louis, y salió de la casa.

La doncella esperó a que subiera en el Simca, lo pusiera en marcha, y se alejara. Después, suspiró y dijo:

—Qué tipo tan simpático.

Y cerró la puerta.

Capítulo XI

FALTABAN sólo unos minutos para las dos cuando Jean-Louis Marquet entró en su apartamento, con su portafolios en la mano izquierda. Estaba cansado, pero hambriento.

Dejó el portafolios sobre una silla, y se despojó de la chaqueta, que dejó en el respaldo de la misma silla. Luego, se aflojó el nudo de la corbata y se dobló los puños de la camisa.

Jean-Louis abrió el frigorífico y echó una mirada, para ver qué podía prepararse para almorzar. El frigorífico no estaba al completo, ni mucho menos, pero había en él lo suficiente como para saciar debidamente su apetito.

El agente de seguros cogió lo que pensaba comerse, y lo llevó a la mesa del living.

Y fue entonces cuando descubrió que no estaba solo en el apartamento.

Había alguien esperándole en el living.

Estaba sentado en un sillón.

Tenía el pelo negro y crecido.

Jean-Louis pudo ver que vestía tejanos azules y una cazadora de cuero marrón. Y que calzaba botines negros.

Así vestía Antoine.

Colette se lo había dicho.

Jean-Louis, repuesto de su sorpresa, se deshizo de los alimentos que llevaba en las manos y acabó de recorrer la distancia que le separaba del living.

Y lo hizo con paso decidido.

Tenía ganas de decirle un par de cosas a Antoine. Pero que muchas ganas.

Jean-Louis alcanzó el living y miró de frente al tipo. Era Antoine, efectivamente.

Tenía el rostro cubierto de sangre.

Y el ojo izquierdo espantosamente reventado.

El ojo derecho lo tenía muy abierto.

Y miraba con él de un modo que helaba la sangre. A pesar de ello, la sangre de Jean-Louis siguió circulando caliente por sus venas.

Y es que él no tenía por qué impresionarse.

Sabía que Antoine no estaba muerto.

Que sólo fingía estarlo.

Era todo una comedia.

Una macabra farsa.

La sangre, era pintura roja.

El ojo destrozado, un magnífico maquillaje.

Por todo ello, Jean-Louis sonrió burlonamente y dijo:

—Hola, farsante.

El tipo no respondió.

Tampoco se movió.

Su ojo derecho no alteró su estremecedora expresión. Jean-Louis dejó de sonreír y apretó los puños.

—¡Basta ya de hacerte el muerto, Antoine! —rugió—. Sé que estás tan vivo como yo. Y Colette también lo sabe. El diabólico plan urdido por Raymond

Barrault, se ha ido al traste. No podrá conseguir la fortuna de su sobrina. Y tú tampoco recibirás la suma que él te prometió, por representar tu comedia. Vais a ir los dos a la cárcel por bastantes años, pero tú lo harás con la cara marcada y unos cuantos dientes menos. ¡Vamos, levántate de una vez! ¡Yo te enseñaré a asustar a las mujeres, cobarde! El tipo continuó sentado.

Absolutamente inmóvil.

Como si estuviera muerto de verdad.

Ni siquiera había pestañeado una sola vez con su ojo derecho.

A Jean-Louis se le agotó la paciencia.

—Parece que le has tomado gusto a tu papel de muerto, ¿eh? —masculló—. ¡Ahora verás, bastardo!

Se plantó delante de él de un salto, lo agarró de la cazadora, y lo levantó con brusquedad.

Antoine no intentó defenderse, lo cual extrañó a Jean-Louis.

También le extrañó que el tipo pesara tanto.

Y es que pesaba como un muerto.

¿Lo estaría, realmente...?

Jean-Louis empezó a dudar.

Y sus dudas aumentaron al percibir, debido a la proximidad de su cara con la del tipo, la tibieza de lo que él pensaba que era pintura roja.

¡No era pintura!

¡Era sangre!

¡Sangre humana!

¡Y brotaba del ojo reventado...!

Ahora, Jean-Louis Marquet sí estaba impresionado. Hondamente impresionado.

Por eso se apresuró a soltar a Antoine.

El tipo cayó sobre el sillón.

Pesadamente.

Como un cuerpo sin vida.

Y es que Antoine era ya cadáver.

Jean-Louis tenía muy pocas dudas al respecto. Apenas ninguna.

Y, para acabar de convencerse, se atrevió a tocar el cuello del tipo.

Su arteria carótida no latía.

Antoine estaba más muerto que su tatarabuela. Jean-Louis retiró su mano del cuello del tipo.

No quería seguir tocando un cadáver.

Resultaba muy poco grato.

Jean-Louis retrocedió un par de pasos.

No comprendía nada.

Se esforzó por hallar una explicación lógica, pero no parecía haberla.

Antoine estaba muerto.

Y lo habían matado de un disparo.

Un disparo que le entró por el ojo izquierdo, destrozándolo de una manera que producía escalofríos. ¿Estaría él equivocado en todo...?

¿Mataría realmente Colette al tipo...?

¿Sería Raymond Barrault inocente...?

Jean-Louis se llevó las manos a las sienes y se las oprimió.

Le latían con fuerza.

Le ardían...

No.

Ni Colette había matado a Antoine, ni Raymond Barrault era inocente.

La tibieza de la sangre que fluía del destrozado ojo del tipo, demostraba que éste llevaba muy poco tiempo muerto. Si lo hubiera matado Colette la noche pasada, toda aquella sangre estaría seca, y el cuerpo de Antoine estaría rígido y frío.

Y olería mal...

No, Colette no mató a Antoine.

Lo había matado otra persona.

¿Quién...?

Raymond Barrault, no, desde luego.

Estaba con Colette.

Él no había podido hacerlo.

Pero sí alguien pagado por el tutor de Colette.

¿Por qué?

Era lo que Jean-Louis no comprendía.

Raymond Barrault había ideado un plan, y Antoine era una pieza importantísima dentro de ese plan.

¿Por qué eliminarlo, entonces...?

El plan estaba saliendo bien.

El corazón de Colette había fallado ya una vez.

Otro susto más, y...

Jean-Louis no lo entendía.

Raymond Barrault necesitaba a Antoine para que aterrorizara por tercera vez a Colette y le provocara un nuevo fallo cardíaco, que seguramente le causaría la muerte.

A menos, claro, que Raymond hubiera decidido acabar con su sobrina de otra manera... Jean-Louis meditó esta posibilidad.

Y no tardó en llegar a una conclusión.

Raymond debió escuchar lo que Colette y él hablaron.

Seguro que tenía el oído pegado a la puerta.

Sí, Raymond Barrault sabía que su plan había sido descubierto, y decidió modificarlo.

Ya no necesitaba a Antoine.

Por eso había contratado a alguien para que lo eliminara.

Y en el apartamento del amigo de su sobrina.

¿Por qué precisamente allí...?

Pues, seguramente, para matar dos pájaros de un tiro.

Y Jean-Louis adivinó que el otro "pájaro" era él.

Sí, la segunda víctima del asesino contratado por Raymond Barrault.

El tipo debía seguir en el apartamento.

Oculto.

Esperando el momento de entrar nuevamente en acción.

Jean-Louis miró hacia la puerta de su dormitorio.

Era un buen lugar para esconderse.

¿Estaría el asesino allí...?

Jean-Louis no tuvo necesidad de entrar, para averiguarlo, porque el tipo estaba saliendo ya del dormitorio.

Capítulo XII

JEAN-LOUIS Marquet sintió una especie de escalofrío.

No pudo evitarlo.

Y es que no era para menos.

El tipo era alto como una torre.

Corpulento como un campeón de lucha libre.

Peludo como un gorila.

Paradójicamente, sin embargo, su cabeza estaba pelada como una bola de billar. Una cabeza poderosa, ligeramente apegada, que brillaba como un suelo recién encerado. También sus ojos brillaban.

Y lo hacían de un modo asesino.

Igualmente asesina era la mueca que formaban sus gruesos labios.

El gigante, que vestía pantalón oscuro y una camiseta blanca, y calzaba zapatillas de deporte, esgrimía un enorme machete en su mano derecha.

Fue lo que más impresionó a Jean-Louis.

Con un arma así, se podía cortar en rodajas cualquier cosa, desde una piña tropical a una pata de elefante.

El agente de seguros ya se veía convertido en rodajas humanas.

O, cuando menos, decapitado.

Y manco.

Y cojo.

El mastodonte caminó hacia el living.

Lo hizo sin ninguna prisa, consciente de que su víctima no tenía escapatoria posible. Jean-Louis atrapó una silla.

No disponía de otra cosa para defenderse del inminente ataque del gigantesco individuo.

Y, ciertamente, era muy poco.

Tan poco, que hizo sonreír al asesino.

—Pareces un domador de fieras —dijo, en tono burlón.

—Y tú un oso calvo —replicó Jean-Louis, con la silla en alto.

—No soy calvo. Me afeito la cabeza.

—¿Y por qué no te afeitas el resto del cuerpo?

—Me siento orgulloso de mi recio y poblado vello.

—Lo tuyo no es vello, es una plantación de cerdas para cepillos.

El gigantón se enfadó, enarboló su machete, y atacó al agente de

seguros.

Jean-Louis le embistió con la silla, intentando frenar su avance.

No lo consiguió.

El asesino soltó una serie de veloces y vigorosos machetazos, y de la silla no quedó más que un trocito de respaldo.

Jean-Louis retrocedió, impresionado.

El hercúleo individuo había cortado la silla en pedazos con su machete como si cortara una tarta de varios pisos.

Algo asombroso.

El asesino soltó una carcajada y dijo:

—¡Pobre silla!

—Eres un rato bestia, ¿sabes? —espetó Jean-Louis.

—No lo sabes tú bien, amigo.

—Tengo una idea bastante aproximada.

—¿Qué quieres que te corte primero?

—Nada, prefiero conservar todo lo que tengo.

—Eso no es posible, chico.

—¿Por qué?

—Me han contratado para que te haga pedacitos, y a mí no me gusta defraudar.

—Te contrató Raymond Barrault, ¿eh?

—Así es.

—¿Puedo saber tu nombre, peludo?

—Me llamo Claude; Claude Arius.

—Tú te cargaste a Antoine, ¿no, Claude?

—Efectivamente.

—¿Por qué no lo hiciste pedacitos con tu machete?

—El señor Barrault me ordenó que lo despachara de un balazo en el ojo izquierdo, para que tú te impresionaras cuando lo vieras. Particularmente, prefiero el machete. Pero quien paga manda, muchacho.

—Claro.

—Bien, voy a empezar a cortarte cosas.

—Espera que coja otra silla, Claude.

—No te va a servir de nada, y tú lo sabes.

—Bueno, mientras haces pedazos la silla, no me haces pedazos a mí.

—De acuerdo, te dejaré jugar un poquito más a domador de fieras.

—Me falta el látigo —rezongó Jean-Louis.

—Tampoco te serviría de nada.

—¡Voy por ti, peludo!

El asesino descargó su machete al ver que Jean-Louis le atacaba con la silla, pero no fue más que un amago de ataque, ya que el agente de seguros retiró la silla velozmente, y el terrorífico machete de Claude Arius sólo cortó el aire, en esta ocasión.

Jean-Louis le atacó de nuevo con la silla.

Y, esta vez, de verdad.

El gigante no tuvo tiempo de utilizar nuevamente su arma, y las patas de la silla golpearon su cuerpo. Una de ellas chocó contra su fea cara, y como justamente vino a darle en el ojo derecho, el asesino lanzó un bramido de dolor y se llevó la mano izquierda al ojo lastimado.

Y tan lastimado...

Como que ya había empezado a sangrar.

Claude Arius no volvería a ver por ese ojo.

Lo tenía poco menos que reventado.

Jean-Louis lo había dejado ciego de un ojo.

Pero Claude seguía viendo por el otro.

Y continuaba esgrimiendo su enorme machete.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió, y le soltó un feroz machetazo al agente de seguros. Jean-Louis saltó de lado y esquivó el machete, que fue a caer sobre el sillón que no ocupaba el cadáver de Antoine, partiendo el asiento en dos.

El asesino bramó, furioso por su nuevo fallo.

Jean-Louis volvió a atacarle con la silla.

Buscándole de nuevo la cara.

Era la parte más vulnerable del mastodonte.

Jean-Louis tuvo suerte, ya que una de las patas se incrustó en la oreja del asesino, que al instante empezó a sangrar.

Claude Arius dio un chillido.

Ahora, además de ciego de un ojo, estaba sordo de un oído.

Ello, sin embargo, no hizo más que acentuar su cólera y aumentar sus deseos de hacer pedazos al agente de seguros con su machete.

—¡Bastardo! —aulló, descargando de nuevo su temible arma.

Jean-Louis se protegió con la silla, y una parte de ésta se desprendió, limpiamente cortada por el filo del machete.

El asesino repitió el golpe de machete.

Otro pedazo de silla cayó al suelo.

Y, casi al mismo tiempo, era Jean-Louis quien caía sobre el sofá.

Había tropezado con él, al retroceder con prontitud.

Claude Arius dio un rugido de alegría.

Creía que ya tenía a Jean-Louis.

Se arrojó sobre él, con el machete por delante.

Jean-Louis brincó del sofá de forma inverosímil, escabulléndose por un lateral.

El asesino cayó sobre el sofá, ahora vacío.

Al instante, lanzó un grito infrahumano.

Jean-Louis supo enseguida por qué.

El peludo se había clavado en el estómago su propio machete, y la sangre salía ya a borbotones.

Segundos después, Claude Arius dejaba de agitarse.

Estaba tan muerto como Antoine.

Capítulo XIII

COLETTE Seigner se hallaba profundamente dormida.

Y no por su gusto.

Desde que Jean-Louis Marquet le demostrara que Raymond Barrault la había engañado, haciéndole creer que había matado a Antoine, ella sentía un pánico cerval hacia su tío y tutor, y quería estar bien despierta en todo momento, por si él intentaba algo.

Sin embargo, poco después del almuerzo, el sueño la venció.

No fue un sueño natural, sino provocado por el somnífero que el zorro de su tío le echara en la bebida, sin que ella se diera cuenta.

Ahora, Colette Seigner se hallaba totalmente a merced de su tutor.

Raymond Barrault podía hacer lo que quisiera con ella.

Y, lo que iba a hacer, es inyectarle un veneno.

Ya estaba preparando la aguja hipodérmica.

Colette no se enteraría de nada.

Moriría sin haber despertado de su profundo sueño.

Y nadie sospecharía que su fin había sido provocado por un veneno, porque el doctor Duhamel estaba al corriente de que Colette había sufrido ya un paro cardíaco la noche pasada.

El médico, lógicamente, achacaría la muerte de Colette a un segundo ataque cardíaco, y firmaría el certificado de defunción sin poner objeción alguna.

No habría, pues, nada raro en la muerte de Colette Seigner.

Y, al no haberlo, no intervendría la policía ni se le practicaría la autopsia al cadáver, por lo que jamás se descubriría que Colette había muerto envenenada.

Raymond Barrault ya tenía la jeringuilla preparada.

Sólo faltaba clavar la aguja hipodérmica en el brazo de la muchacha, presionar el émbolo de la jeringa, e inyectar poco a poco el veneno.

Sencilísimo, porque el pinchazo no despertaría a Colette, y ésta nada podría hacer por impedir que la sustancia venenosa penetrase en su cuerpo y acabase con su vida.

El Simca de Jean-Louis Marquet rodaba a gran velocidad.

El agente de seguros tenía mucha prisa por llegar a la casa de Colette Seigner, consciente del peligro que la muchacha corría.

Jean-Louis no sabía cómo pensaba Raymond Barrault eliminar a su sobrina, pero, muerto Antoine, ya no tenía que esperar a la noche para acabar con la muchacha.

De ahí su prisa.

Temía llegar tarde.

Encontrar muerta a Colette.

Si era así, Raymond no viviría para contarlo.

Jean-Louis lo mataría a puñetazos, por ruin, por canalla, por miserable.

Con los dientes apretados, el agente de seguros siguió conduciendo su Simca de forma temeraria. No era un coche apropiado para desarrollar aquella velocidad, aparte de que su motor estaba ya para pocas hazañas.

Podía quemarse.

Pero a Jean-Louis no le importaba.

Sólo pensaba en Colette.

En llegar a tiempo de salvarla de las crueles garras de su tío y tutor.

La hermosa casa apareció a lo lejos.

Menos mal, porque el Simca ya estaba echando humo.

Era sólo cuestión de minutos que el motor empezase a arder.

Pero Jean-Louis no necesitaba tanto para alcanzar la casa.

En efecto, llegó antes de que el motor de su coche empezara a despedir llamas. Saltó del Simca y corrió hacia la puerta de la casa.

Pulsó el timbre.

El carísimo carillón empezó a sonar.

Transcurrieron quince segundos.

La puerta seguía cerrada.

Jean-Louis se desesperó.

—¡Vamos, Gastón, vamos! —dijo, golpeando la puerta con la palma de su mano derecha.

Transcurrieron otros quince segundos.

Después, la puerta se abrió.

—Señor Marquet... —murmuró el mayordomo, extrañado de la expresión que veía en el rostro del agente de seguros.

Jean-Louis lo apartó de un empujón.

—¡Vía libre, Gastón!

El mayordomo, que estaba para pocos empellones, perdió el equilibrio y quedó sentado en el suelo.

—¡Señor Marquet...! —exclamó, con unos ojos como platos.

Jean-Louis no respondió.

Ni siquiera volvió la cabeza.

Ya estaba subiendo la lujosa escalera de mármol como un cohete.

Llegó arriba.

Dobló y disparó hacia la habitación de Colette.

De pronto, se abrió una puerta y surgió la doncella.

La atractiva morenita, involuntariamente, cortó el paso del agente de seguros. Jean-Louis no pudo frenarse a tiempo.

—¡Cuidado!

—¡Ay! —gritó la doncella, al verse arrollada por el agente de seguros.

Cayó de espaldas.

Y quedó con las piernas en alto.

Unas piernas muy tentadoras, por cierto.

Pero Jean-Louis no las miró.

Pasó de largo, diciendo:

—¡Lo siento, guapa!

La sorpresa impidió reaccionar a la doncella, y continuó en el suelo, con las piernas al aire.

Jean-Louis alcanzó la habitación de Colette, abrió la puerta, e irrumpió en ella.

Llegó a tiempo, pues Raymond Barrault se disponía ya a pinchar el brazo de la dormida

Colette.

—¡Quieto, canalla! —rugió el agente de seguros.

Raymond dio un fuerte respingo.

—¡Jean-Louis!

A causa de la sorpresa, le cayó la jeringa de las manos.

No se rompió, pues cayó sobre la cama.

Raymond intentó recuperarla, pero Jean-Louis no lo permitió.

Se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo en la cara.

—¡Toma, bicho traidor!

Raymond cayó al suelo.

Pero se levantó.

Aunque no voluntariamente.

Jean-Louis lo había agarrado de la chaqueta y lo había levantado con brusquedad, para seguir sacudiéndole.

Y lo hizo.

Con muchas ganas.

Rostro, estómago, hígado...

Raymond Barrault se desplomó de nuevo, pero Jean-Louis volvió

a levantarlo, diciendo:

—¡Aún no he terminado contigo, rata cobarde!

Y le zurró de nuevo.

Poco después, Raymond volvía a derrumbarse, con la cara ensangrentada, las tripas machacadas, y el hígado hecho «foie-gras».

Jean-Louis no lo levantó esta vez.

El tutor de Colette había perdido el conocimiento.

EPILOGO

COLETTE Seigner tardó bastante en despertar, por culpa del somnífero.

Cuando por fin abrió los ojos, descubrió que Jean Louis Marquet se hallaba junto a ella, sentado en el borde de la cama. Le había cogido una mano, y se la acariciaba dulcemente.

—Jean-Louis... —murmuró sorprendida.

—Hola, preciosa —le sonrió él—. ¿Sabes que duermes más que las marmotas?

—¿Qué ha pasado?

—Tu tío te echó un somnífero en la bebida, durante el almuerzo, y has dormido varias horas seguidas.

—¿Dónde está?

—¿El canalla de Raymond?

—Si.

—La policía se hizo cargo de él.

—¿La policía...?

—Acabó la pesadilla, Colette. Tu tío cantó de plano.

—¿Atrapaste a Antoine...?

—Antoine, quien por cierto se apellidaba Vilbert, ha muerto.

—¿Qué...?

—No lo maté yo, Colette. Se lo cargó Claude Arius, un asesino contratado por tu tío para acabar con Antoine y conmigo.

Seguidamente, Jean Louis se lo refirió todo.

—¡Qué horror! —exclamó Colette, pálida.

—Tu tío está poco menos que arruinado, ¿sabes? Sus negocios han ido de mal en peor, y necesitaba tus millones para levantarlos. Por eso planeó acabar contigo. Quería matarte a sustos, pero como descubrimos su plan, lo modificó y decidió eliminarte inyectándote un veneno. Esa sustancia letal hubiera provocado tu muerte en sólo segundos. Por fortuna, llegué a tiempo de impedirlo y le di una soberana paliza al canalla de tu tío.

—Te debo la vida, Jean-Louis.

—Te pasaré la factura.

—¿Qué piensas pedirme?

—Que me dejes besártelo y mordértelo todo.

—¿Por qué no me pides que me case contigo? Siendo tu mujer, no podría negarme a nada...

Jean-Louis, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Querrías casarte con un modesto agente de seguros?

—Nada me haría más feliz.

—En ese caso, nos casaremos. Pero no pienses en que busco más dinero, ¿eh? Por mí, puedes regalárselo a los criados.

Colette sonrió, visiblemente emocionada.

—Bésame, Jean-Louis.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió el agente de seguros, y besó los apetecibles labios de Colette Seigner, la joven y bella millonaria que muy pronto iba a convertirse en su esposa.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España